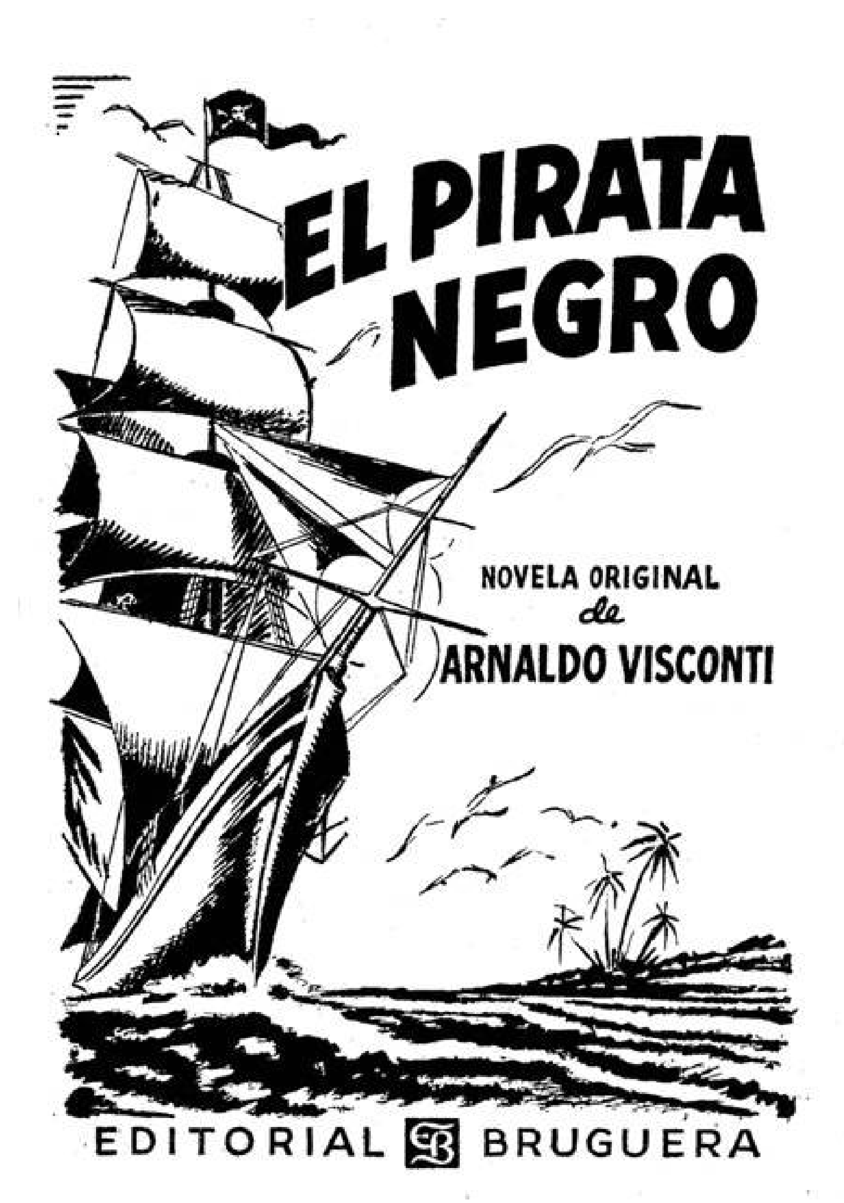
EL PIRATA NEGRO

CONTI
UN EPI
COM

por ARNALDO VISCONTI

3 PTAS

EL CHACAL


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El Chacal

Colección El Pirata Negro n.° 51

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


El CHACAL

CAPÍTULO PRIMERO

La primera lucha

Un muchacho de siete años, robusto y bronceado, aplicados los dos puños en sus caderas, erguida la cabeza y llameantes los negros ojos, contemplaba el ancho mar, encaramado en lo alto de una peña.

Adoptaba la misma postura que había visto ostentar en su padre, el ausente Pirata Negro, cuando dirigía la palabra a sus hombres o se disponía a combatir.

Y Carlos Lezama, hijo, con su bronca voz, desafiaba al mar, desgranando contra él amenazas:

—No te valdrá tu mucha agua, que yo daré alcance a mi padre. Y si los hombres mayores te dominan en barcos grandes, yo por hombre chico en barco pequeño te ganaré...

El día anterior a aquel soleado de un día de abril de 1710, después de una sabrosa pelea con Gabrielle Lucientes y emitido juicio imparcial absolutorio para ambos, por el pelirrojo madrileño, en aquella misma playa de Arrecife de Lanzarote, la pequeña isla canaria, habíase quedado Carlos a solas con Diego Lucientes y habían mantenido una conversación de “hombre a hombre”, cuyas palabras recordaba una a una el muchacho.

“—Quería hablarte a solas, “Medio-Brazo”.

”—¿Y qué es lo que a solas quieres decirme?

”—Mi padre tarda... Tendríamos que ir en su busca. ¿Dónde está?

”—Fué a tierra bereber a rescatar cautivos cristianos”.

”—¿Está muy lejos esa tierra bereber?

”—Mucho, pero no para un buen velero como el de tu padre.

”—¿Por qué fue a tierra bereber? ¿Qué es eso de rescatar

cautivos cristianos?

”—Los piratas bereberes son individuos barbudos, de malos sentimientos, que apresan a gentes inocentes y les matan o piden dinero por ellas a sus familiares. Tu padre les ha declarado la guerra, no sólo impulsado por su caballerosidad, sino para que algún día tú te sientas muy orgulloso de ser su hijo.

”—¿Quieres dibujarme la tierra bereber?

Diego Lucientes había alisado el suelo con su bota y con la punta de su espada, fué trazando en la superficie de la blanda tierra rasgos y contornos a medida que explicaba la situación del vasto territorio dominado por los bereberes[1].

“—...y a punto fijo no me indicó dónde pensaba anclar. Pero volverá pronto.

Carlos Lezama había escuchado con gran atención. Alzó el rostro, contemplando con expresión meditativa a su mentor.

”—¿Tú no decías que no tenías más que un amigo y que éste era mi padre?

”—Esa es la verdad. Sólo tu padre ha sido mi amigo. Varias veces me salvó la vida.

”—Entonces, ¿qué haces tú aquí tan perezoso como tu hija?

”—¿Cómo qué hago yo aquí? Pues, me he casado con Rosa... y eso, pues, descanso.

”—No deberías descansar, sino ir en busca de mi padre y traerlo pronto, porque yo necesito verle y también a “Cien Chirlos”, porque sin ellos estoy como barco varado en la arena”.

Diego Lucientes había enlazado al muchacho por los hombros, manteniéndolo apretadamente contra su pecho.

”—Eres la voz de mi conciencia, Carlos. Múltiples veces he pensado que debía zarpar en busca de tu padre y más ahora que ya tengo quien cuide de ti y de Gaby.

”—Llévame contigo...

”—No. Tu padre me reñiría.

”—¿Por qué te había de reñir? Estaría muy contento al verme. Y te abrazaría satisfecho. Quiero navegar. Ya estoy harto de quedarme en tierra.

—Navegar entraña peligros a los que no puedo exponerte sin la autorización del hidalgo Lezama. Pero tienes mi promesa de que yo zarparé hacia tierra bereber, en mi bergantín, en busca de tu

padre”.

Diego Lucientes había cumplido y ya su bergantín no presentaba su recia y gallarda estampa en la bahía. A las dos de la madrugada había levado anclas, dejando una carta Lucientes para su esposa, Rosa Hoyos.

Carlos Lezama hurgó bajo su camisa y de ella extrajo la carta que había escrito trabajosamente al romper el día y cuando comprobó que el bergantín “Madriles” había partido.

Releyó con cierta satisfacción lo que consideraba una magnífica exhibición de facultades:

> “Rosa:
>
> “Boy” en pos de “Medio-Brazo” a la costa “verever”. No puedo aguardar más tiempo entre dos mujeres. Quiero ver a mi padre y a “Cien Chirlos”. Orzando como me enseñó mi padrino, alcanzaré el “vergantín”.
>
> “Hasta, pronto. Besos a Gaby. Que sea “vuena”. Muchos besos a ti,
>
> Carlos Lezama”

Con sabia de pino formó una especie de sello que cerraba herméticamente la doblada carta y después de entregar la carta a un pescador amigo, fué a acariciar la madera de un bote con vela y remos, en el que efectuaba pequeñas salidas, intentando emular la actitud de los hombres do mar.

El día que hasta entonces había estado calmoso y apacible, fué tornándose áspero y ventoso...

Alarmada por la tardanza del muchacho, Rosa Hoyos salió varias veces por la tarde en su busca. Pero regresaba a la casa, sintiendo nacer en ella fúnebres presagios, aumentados por el dolor que ya sentía dada la reciente partida de su esposo.

Rondaba la medianoche y el mar rugía con estruendoso furor. El cielo encapotado no dejaba traslucir la menor estrella, cuando un pescador vino a golpear la puerta de la casita donde moraba Rosa Hoyos.

—¿Carlos?—preguntó ansiosamente la palmeña.

—Me dió la carta para vos al mediodía. Pero me hizo jurar por

todos los santos que no se la entregaría hasta la medianoche. Y... ahora estoy arrepentido de habérselo jurado. Creí que era una jugarreta de niño revoltoso... Y el mar clama hambriento. Hay galerna...

—¿Qué... qué queréis decir?

—A eso del mediodía, poco después que el niño me entregase esta carta le vieron hacerse a la vela en un barquichuelo: el del tío Avelino. Le dejaron porque ya otras veces lo había hecho. Pero... no ha regresado.

Con un gemido de angustia rasgó Rosa Hoyos el sello que toscamente marcaba el escrito...

Tres días después, el mar calmado traía con su resaca el despedazado barquichuelo del tío Avelino, y entre redes el cuerpo de un niño atrozmente mutilado.

Con lamentos desgarradores, Rosa Hoyos presenció la fúnebre ceremonia en la que los pescadores de Arrecife sepultaron devotamente bajo el túmulo el cuerpo destrozado.

Rosa Hoyos, demacrada y sintiendo en su corazón lacerado una nueva pena inmensa, fué escribiendo en la cruz que coronaba el pequeño túmulo, la fatal tragedia:

“CARLOS LEZAMA.

Muerto el diez de abril de 1710.

A la temprana edad de siete años”

Pero en aquellos mismos instantes, Carlos Lezama vivía y navegaba rumbo al Norte tal como se había propuesto.

A media tarde del diez de abril de 1710, cuando empezó a soplar el viento, saltó gozoso, para tensar la floja vela latina, que hasta entonces había pendido inerte.

Y cuando el frágil esquife fué ganando velocidad, él, en pie a popa, sujetando el extremo del cabo que tensaba la vela, lanzó una gutural carcajada de honda sonoridad.

Sentíase contento. La salobre caricia del mar, el canto de las olas, el aleteo de la vela, todo le producía una sensación de libre dominio...

Estaba orgulloso de las dos frases que en cierta ocasión habíale dicho “Cien Chirlos”.

—“Eres todo un jabato, Carlos. Peleas con mucha tripa y sabes orientarte como un viejo lobo de mar”.

Pronto se reuniría con “Cien Chirlos”. Pero por encima de todo, veríase ya ante su padre, que seguramente al primer contacto le ordenaría descolgar el látigo del camarote para propinarle azotes, pero después, ya cumplido el castigo por haber contravenido su orden de no moverse del hogar de Rosa Hoyos, le haría cabalgar sobre sus rodillas, contándole aquellos hermosos relatos de lucha, abordajes y bravas acciones…

Hizo un cálculo rápido: el bergantín transportaba a cien hombres y era muy pesado. Por tanto, con aquel esquife transportándole sólo a él, con un barrilito de agua y un saco de tasajo, daría pronto alcance a la nave de Diego Lucientes.

El vendaval aumentó en intensidad. Las nubes fueron agolpándose, bajas y ventrudas con obesas panzas negras presagiando galerna, lluvia y precoz crepúsculo.

Pareció de repente que un gran manto negro cubría el mar. Rasguearon en el cielo varios relámpagos, seguidos por el redoblar estrepitoso de truenos que semejaron repercutir en el mar, alzando oleaje espumoso, que zarandeó el barquichuelo.

Carlos Lezama azotado por el viento y el agua, no se arredraba lo más mínimo, sino que al contrario, el furor de los elementos dábale una euforia de virilidad, haciéndole sentirse un hombre en pugna con el mar, su cuna y patria del que le había dado el ser.

Al amanecer, por unos instantes decreció la tormenta. No fué más que una pausa como si con ella quisiera la galerna recoger nuevos bríos.

Pero en aquel entretiempo, muchos eran ya los estragos que había causado. Flotaban maderos pertenecientes a embarcaciones pesqueras de las islas Gran Canaria y Tenerife, que habían naufragado.

Una de ellas era nave que conducía a Gran Canaria a una factoría pesquera del islote de las Venturas, al hijo del patrón: un muchacho de nueve años, cuyo cuerpo había sido atado con redes por su propio padre, al zozobrar la embarcación, encima de un grueso madero, para mantenerlo a flote. Y lo había logrado… pero a la medianoche el muchacho había perecido al ser arrojado brutalmente contra un escollo a flor de agua, que había destrozado su cráneo…

Las redes quedaron prendidas en el solitario escollo. Al

amanecer y en el instante de tregua que concedió la galerna, el barquichuelo de Carlos Lezama, tripulado valientemente por éste y que había resistido los embates del oleaje, vino a rozar el escollo sobresaliente de la superficie, mostrando sus traidores crestas dentadas, en las que habíase prendido la red que envolvía el cadáver del muchacho.

Soltó Carlos la vela y con denodado esfuerzo logró, con su pequeño cuchillo, regalo de "Cien Chirlos", cortar algunas de las mallas y abrazando el cadáver lo introdujo en su esquife.

Intentó actuar como había visto hacerlo a los piratas del "Aquilón" cuando querían reanimar a un náufrago. La convicción de que el náufrago estaba muerto no la tuvo hasta que pasada media hora y yendo ya la barca a la deriva, no obtuvo reacción alguna en el inerte muchacho.

Renació con furor acrecentado el vendaval y corrió a amarrar el cabo final de la vela que latigueaba furiosa... La barca reemprendió rumbo norte y al bambolearse, decidió asegurar el cuerpo que, sin vida, viajaba de babor a estribor por el estrecho espacio del suelo de la barquichuela.

Con los restos de las redes, ató sólidamente el cuerpo al banco de remo y continuó en su desigual lucha con los elementos desencadenados.

Exhausto, sintiéndose dominar por el cansancio que en dolorosas agujetas pellizcaba todos sus músculos infantiles, pugnaba por no cerrar los ojos escocidos por la falta de sueño y la continua mojadura salina. De pronto, una ola enorme levantó la barca hasta la cúspide de su penacho y como un puño que brotara del fondo del mar, proyectó el esquife en raudo deslizar...

Perdido el equilibrio, Carlos Lezama salió lanzado fuera de la embarcación, cuya vela rasgóse... Nadó vigorosamente intentando en vano aproximarse a la barca que se alejaba derivando...

Siguió nadando con recio empuje desesperado. Las olas tan pronto le elevaban a altas cimas líquidas, como le sumían en hondos abismos... El viento silbaba ululando a ras de olas revolviéndolas.

Ya por dos veces, una violenta arcada había sacudido su estómago, al ingerir agua salada, cuando pretendía aspirar aire para sus cansados pulmones, anhelantes por el rudo ejercicio.

Cerrábanse sus ojos pese a cuantos intentos hacía para tratar de vencer su cansancio, el oleaje y la sensación de minúsculo solitario, perdido en un mar hostil, bramador y que semejaba gritos con devorador afán.

Rozaron sus manos una superficie rugosa y se aferró a ella con desesperado ímpetu. Era un leño artillado, resto de un casco. Se abrazó al madero, como si con su contacto encontrase a un amigo repentino, que le ayudara en su combate contra la muerte cercana.

Por espacio de una hora, se mantuvo abrazado al madero que flotaba yendo y viniendo en inútil viaje entre ola y ola.

Pero los músculos empezaban ya a agarrotarse y crispó las mandíbulas, presintiendo que no iba a tardar en perder sus últimas fuerzas. Empezaba a notar un hormigueo en sus extremidades y sus manos no percibían el tacto del rugoso madero.

Y de pronto, cuando ya iba a abandonar la lucha, porque sus miembros entumecidos no le obedecían, aferróse de nuevo con sobresalto enérgico.

Una masa obscura, enorme y cabeceando pesadamente, se aproximaba. Era un bergantín de recia estampa...

—¡“Medio-Brazo”! — gritó Carlos Lezama, llamando a su amigo.

Su petición de auxilio no fué oída absorbido su grito por el ulular de la tormenta. Pero de la borda del bergantín partió un largo cabo, retorcido en nudos y con un ancho lazo a su extremo.

El lazo rozó el madero y Carlos Lezama frenéticamente pasóse el lazo bajo las axilas. Una tracción desde lo alto cerró aprisionando el torso y ya confortado por aquel contacto salvador, Carlos Lezama cesó de luchar. Cerró los ojos y perdió el sentido...

Capítulo II

El funámbulo árabe

La estólida indiferencia fatalista de Sonni Azkia, el árabe de Mogador que mandaba la nave “Tanit Zerga”, no demostró la menor sorpresa ni hizo comentario ni indagación cuando Bu-Djema subió a bordo, conduciendo por la mano a una niña de unos diez años.

El hecho de que fuera una “haussa” comprada, o más seguramente raptada, tampoco importó al capitán Sonni Azkia. Limitóse a cortar el paso al árabe de Marraquech. Y tendió la mano abriendo dos dedos en alto,

—Es justo, Sonni Azkia. Debo pagar doble pasaje, ya que seremos dos bocas. Pero Yolda come poco, muy poco y ocupa poco espacio, muy poco.

La nave “Tanit Zerga” efectuaba viajes de cabotaje, lindando la costa africana desde Mogador hasta el golfo de Guinea. Comerciaba en maderas preciosas, savia olorosa de cedros, pieles de fieras y raíces narcóticas, a cambio y trueque de aceros damasquinados, mullidos tapices, collares de vidrio y otras fruslerías muy apreciadas por los reyezuelos negros.

En aquel viaje, al dirigirse hacia el Sur, había aceptado Sonni Azkia, el llevar como pasajero al funámbulo Bu-Djema. No le interesaba reflexionar sobre los motivos que podían impelir al volatinero y domador Bu-Djema a tierras negras.

Tampoco ahora quería indagar porque regresaba acompañado de una niña de negra piel lustrosa y despierto semblante de fino perfil, característico de los “haussas”, descendientes de raza trashumante egipcia que unióse a una altiva tribu etíope, para al transcurso de los años, venir a morar en las cumbres de la sierra que dominaba la zona costera donde estaba anclado ahora el “Tanit Zerga”.

Repitió el gesto imperativamente y en medio de grandes lamentaciones y principios de llanto, Bu-Djema fué contando las monedas del doble pasaje, colocándolas lentamente en la ancha palma callosa del árabe de Mogador.

—Yolda habla español y portugués —dijo Bu-Djema con satisfacción, después de haberse ya resignado al pago que sabía inevitable—. Yolda será el báculo de mi vejez. Yolda será...

Pero, desdeñoso, Sonni Azkia se alejó caminando reposadamente, tras levantar los hombros manifestando un supremo desdén. Para un capitán de bergantín era indecoroso admitir la menor confianza en el volatinero, que había viajado por todas las cortes europeas luciendo sus martingalas de acróbata, domador y falso santón, con sus teas tramposas y sus prestidigitaciones,

Bu-Djema había logrado acalmar los primeros recelos de la niña que había bautizado rápidamente Yolda, en recuerdo de su primera compañera de funambulismo.

Supo después de comprarla por cinco paquetes de “kiff”, dos odres de aguardiente y una pieza de tela chillona, hablarle cariñosamente y la niña ya de por sí sumisa, con hierático fatalismo selvático, había colocado en la fibrosa mano del envejecido funámbulo, la suya pequeña y maravillosamente diseñada. Era una estatuilla esbelta, de grandes ojos de gacela temerosa, claros en obscuro rostro modelado finamente.

El procedimiento complicado que componía la enseñanza de su profesión era duro y arrancaría gritos lastimeros en su reciente adquisición. Por eso Bu-Djema prefirió, mientras estaba a bordo, encerrar a Yolda en el pequeño sollado, donde a la vez en una jaula había reunido varios cachorros de distintas razas, separándolos entre sí por maderos recios.

Y al zarpar el buque, frotóse Bu-Djema las manos. Había hecho un buen negocio. Surtiría de nuevo sus jaulas y además la exótica apariencia de Yolda, una vez domesticada, sería fuente de grandes ingresos.

La galerna que partiendo de Lanzarote azotó el litoral africano, zarandeó las velas del “Tanit Zeraga” al quinto día de navegación. Bu-Djema, llevado de su espíritu dionisíaco, no se apartaba de la alta cubierta, donde protegido por un toldo, podía contemplar a sus anchas la tempestad.

Fué al amanecer del segundo día de galerna, cuando con el anteojo que había alquilado por una mísera suma a un tripulante, percibió en un lejano escollo a un niño forcejeando con algo indefinible que aparecía envuelto en mallas y echado encima de un tronco.

Lo que le llamó la atención fué la energía en el esfuerzo y el resalte de los músculos infantiles. Pero ni por un instante, ni a él ni a los ocupantes del "Tanit Zerga" se les pasó por las mentes, el acudir en auxilio del que a todas luces debía ser un niño abandonado...

Era un "rumi": un cristiano blanco, un pescador seguramente. Un ser sin el menor valor humano a los ojos de los súbditos de Alá.

Una nube baja y brumosa ocultó el escollo a la vista de Bu-Djema y de nuevo empezó la galerna con sus bramidos renovados en vigor. Siguió Bu-Djema deleitándose con la contemplación de los elementos furiosos.

Media hora después, la lente de su anteojo enfocaba en el vaivén de olas una minúscula figurilla aferrada a un flotante leño. Era el niño que antes viajaba como único pasajero a bordo de la frágil lancha

Volvió Bu-Djema a notar la fortaleza de los músculos infantiles. Las olas llevaban al náufrago hacia el casco del bergantín.

Bu-Djema entrevió de pronto un obsequio de Mahoma en la presencia de aquel niño juguete de las olas. Diestramente, corrió a saltos basta el puente bajo, donde, de un rollo de cuerdas cogió la más larga, trabada en nudos y formó un lazo.

Había cazado muchas fieras con lazos mucho más difíciles de manejar. Inclinado en la borda, aguardó el momento oportuno y arrojó atinadamente la cuerda.

Apoyó un pie en el reborde de cubierta y fué halando su presa. Los demás tripulantes atentos a la maniobra, se desentendían por completo de todo lo que no fuera llevar triunfante al bergantín por su difícil navegación.

Cogió Bu-Djema al chorreante muchacho y llevándolo en brazos regresó a su solitario lugar favorito bajo el toldo de la alta cubierta. Una vez allí, depositó al rescatado de las olas encima de una gran caja.

Palpó expertamente los miembros del extenuado y desfallecido

infante y sonrió contento, iluminado el barbudo semblante moreno y astuto.

—Tú serás un futuro Cheij Khan— comentó pensativo, recordando al volatinero rival que favorito de las mujeres y esbelto atleta le había producido muchos sinsabores quitándole muchos espectadores—. Pero un Cheij Khan, esclavo mío y produciendo oro, mucho oro para el viejo Bu-Djema.

Carlos Lezama respiraba fatigosamente. Antes de recobrar la total percepción y mientras Bu-Djema a su lado, le masajeaba el pecho para ayudarle la respiración y la evacuación del agua ingerida, fué murmurando:

—A tiempo, “Medio-Brazo”, a tiempo... Y ahora, contigo iré en busca de mi padre... a tierra bereber... Para eso me escapé de Lanzarote, abandonando a Gaby y a Rosa... Vayamos ya a tierra bereber...

Siguió repitiendo esas incoherencias, hasta que, recuperando los sentidos, irguióse para sentarse en la caja, sorprendido. Seguía bramando la galerna, pero él hallábase bajo un toldo y en la cubierta, del bergantín que había creído era el de Diego Lucientes.

Veía ante él a un robusto y alto árabe, de rostro simiesco y astuto, con larga barba estrecha y canosa y ojos de carbunclo.

—Hola—dijo Carlos, con extrañeza—. ¿Quién eres tú?

—Soy Bu-Djema, tu amigo, el árabe de Marraquech. El que te ha salvado, lanzándote soga liberadora al abismo que iba a devorarte—replicó Bu-Djema, en perfecto castellano.

—¿Eres, pues... bereber?—preguntó Carlos, frunciendo el entrecejo.

—No lo soy. Los árabes somos raza superior. Me llamo Bu-Djema. ¿Y tú?

—Carlos Lezama,

—¿Cuántos años tienes? Yo tengo cuarenta y ocho.

—Yo tengo siete, pero soy fuerte, sé nadar, sé pelear y orientarme como un viejo lobo de mar.

La ronca voz, el desarrollo superior a su edad y el aplomo con que replicaba, fueron apreciados por el volatinero árabe.

—Seremos amigos, Carlos Lezama.

—Gracias por haberme recogido a bordo. Pero necesito ir a tierra bereber.

—Ya sé que vienes de Lanzarote, de donde te escapaste abandonando a Rosa y a Gaby, para que "Medio-Brazo" te llevara junto a tu padre.

Carlos Lezama, en el colmo de la sorpresa, abrió los ojos y la boca, mientras el árabe reía silenciosamente.

—¿Conoces a "Medio-Brazo"?

—Iremos a tierra bereber, Carlos Lezama. Este bergantín llegará a Mogador y a través de la tierra marroquí alcanzaremos a los tuyos. Pero ahora, debes ocultarte, porque el que manda a bordo, me exigiría pago por tu pasaje y soy pobre, muy pobre. ¿Tú no querrás perjudicar al viejo que te ha salvado?

—No. Llévame a escondrijo y "topa y choca".

Tendió Carlos su diestra, pero el árabe limitóse a tocarse la parte izquierda del pecho, los labios y la frente.

—¿Qué haces? ¿Por qué no "topas y chocas" conmigo?

—Nuestro saludo en ese, Cheij Khan —replicó el árabe.

—¿A quién llamas Cheij Khan? Bueno, escóndeme y gracias. Mi padre te recompensará por haberme salvado, ya que eres viejo y pobre.

—¿No tendrás miedo de estar en un cuarto obscuro?

—¿Yo?—protestó indignado el hijo del Pirata Negro—. A mí no me asustan ni los cuartos con ratas, ni los cuentos de cocos. Soy un jabato y a las ratas les hago cosquillas—añadió, recordando la frase de "Cien Chirlos".

—Hay poca luz donde permanecerás hasta desembarcar. Pero tus ojos son jóvenes y pronto verán... pronto verán.

La oculta amenaza de las palabras del árabe, pasó desapercibida a Carlos Lezama, quien poco después, cegado por la repentina obscuridad, al cerrarse tras él la puerta del pequeño cuartucho maloliente, dejóse resbalar contra el tabique hasta quedar sentado en el suelo.

Creyéndose solo, entornó los ojos para ir acostumbrándose a divisar los contornos a la escasa luz de una lamparilla de aceite colgada en alto.

Sobresaltóse al oír distintos unos gruñidos cercanos y aumentó su principio de temor al ver poco después, ya habituadas sus pupilas a la penumbra, varias fauces abiertas en bostezos y roncos lamentos.

Pero lo que llevó ya su principio de temor a sentirse preso de pánico, fué divisar cercana a él, una sombra negra de anchos ojos luminosos...

—¡Aparta, Satanás!—gritó asustado, estremeciéndose.

Y a la vez que con los dedos de su mano formaba una horquilla de exorcismo, se levantó para acurrucarse en otro rincón del estrecho cuartucho.

La silueta negra, movióse un poco y brillaron unos dientes blanquísimos, en sonrisa tímida.

—Soy Yolda, niña negra de diez años, a quien Bu-Djema hará reina de los blancos—dijo la pequeña "haussa", con su modosa entonación— Vivieron en nuestro poblado mucho tiempo pescadores españoles. Y Satanás es vuestro espíritu malo.

—Tate...— musitó Carlos Lezama, sacando fuerzas de valor, pensando en que su padre no estaría orgulloso de él si le viera acurrucado y al borde del pánico cerval—. Si hablas español, nos podemos entender, mocosa. Muy tiznada está tu piel...

—Soy "haussa" y así nací. Pero dice Bu-Djema que me hará reinar entre los blancos y que seré el báculo de su vejez. ¿Tú cómo te llamas?

—Carlos. Oye... ¿y qué son esos bichos que gruñen?

—Son cachorros de león, de tigre y chacal reidor.

—Tigres y leones sé lo que son y no les temo. Pero ¿qué repámpanos es eso de chacal reidor?

—Es este que tiene la piel tan bonita y la cara tan graciosa. Decían los de mi tribu, que el chacal reidor es mezcla de lobo y de zorro y que fascina con su agradable risa silenciosa primero y que después termina en carcajadas y por último en aullido agudo cuando mata a sus presas. Llega a ser muy alto y muy fuerte y presenta pelea a los más fuertes, venciéndoles por la fuerza combinada de su astucia, su aspecto esbelto y su fuerza engañadora.

Miró Carlos hacia donde señalaba el brazo de la negrita que ya en pie estaba ante una de las divisiones de la jaula transportable.

—Puedes sentarte a mi lado—concedió generoso—. Hablas muy lindamente, mocosa, para tu edad y tu color. Me dijeron que los tiznados como tú, se subían por los árboles y partían piedras a cabezazos.

—Yo he tenido como maestro a un pescador jefe, que vivía en

mi casa. Se fué y mi madre murió. Un portugués me recogió y me ha vendido a Bu-Djema, que me hará reinar entre los blancos.

—¿Y esos bichos para qué están con nosotros?

—No lo sé—dijo ella, viniendo a sentarse junto al hijo del Pirata Negro.

—Pues deberías saberlo. Bueno, tengo sueño. Déjame dormir...

—¿Quieres que te cante algo de mis montañas?

—Yo lo que quiero es roncar a pleno pulmón, como decía mi padrino.

Tendióse el muchacho boca abajo, apoyando el rostro en los antebrazos cruzados. No tardó en dormirse, agotado por los recientes esfuerzos y sorpresas.

Yolda, a media voz, entonó una cantinela melódica, como la que su madre le cantaba cuando empezaba ella a dormirse...

El chacal reidor bostezó, mostró todos sus dientes agudos y blancos en muda risa. Lanzó una serie de carcajadas plenas de gracejo, que iban aumentando en intensidad, y enmudeció rápidamente, mirando en su derredor como fiera acorralada, estriados los ojos...

Pero no viendo peligro alguno en el ronquido que le había alarmado, volvió a bostezar, y aplicó sobre sus patas delanteras el hermoso hocico, fijando en la negrita que cantaba una mirada brillante, acariciadora, con sus grandes ojos negros rebosando astucia e inteligencia...

En los tres días que duró el resto de la travesía, Bu-Djema limitóse a llevar dátiles, miel y agua al cuartucho dos veces al día, sin hablar la menor palabra.

Abría la puerta, depositaba en el suelo el jarro y los dos platos, y volvía a cerrar. Las fieras hambrientas, como le convenía, roían ya irritadas los barrotes, terminadas desde el tercer día de cautiverio sus raciones.

Yolda y Carlos habían hecho amistad. Una amistad sumisa por parte de la pequeña negra, a quien la vigorosa vitalidad dominadora del que era más niño que ella se imponía.

Cuando el “Tanit Zerga” se inmovilizó en el puerto de Mogador, descendió, a tierra Bu-Djema, y, cuando hubo regateado el alquiler de dos camellos con alforjas, regresó a bordo.

Abrió la puerta del cuartucho donde estaban recluidos los dos

niños y los cachorros.

—Si quieres ser reina entre blancos, Yolda, y tú quieres llegar hasta donde tu padre se halla, debéis obedecerme en todo. Mis hermanos de raza verían con muy malos ojos vuestra presencia en tierra sagrada de Alá. Por lo tanto, os cubriréis con esas telas blancas, dejando sólo visibles vuestros ojos. No habléis durante todo el camino hasta que a lomos de camello lleguemos a mi choza del oasis de Marraquech.

La caravana, compuesta de dos camellos, uno de los cuales llevaba en una alforja provisiones y en otra los jaulones con las gruñidoras fieras no saciadas con la mísera ración que les había dado Bu-Djema al salir del barco, no llamó la atención.

En el camello que abría la marcha iba el funámbulo Bu-Djema y dos pequeños árabes. Tanto Yolda como Carlos hallábanse agradecidos al árabe que les proporcionaba aquel paso por las fértiles laderas del Greb-Djeibla, con sus rientes oasis y las copudas palmeras.

Las altivas siluetas de las mezquitas, el abigarrado colorido de la muchedumbre de los mercados de las pequeñas poblaciones por las que atravesaban, constituían un espectáculo vistoso...

Y al divisar el oasis de Aljiuba, Bu-Djema dijo:

—Allí está mi choza.

Y ninguno de los dos muchachos podía adivinar la horrible existencia que les aguardaba y que por espacio de tres años les iba a convertir en fieras atormentadas.

Capítulo III

El domador de Aljiuba

La choza de Bu-Djema era un antro abierto en la blanca tierra que rodeaba el oasis de Aljiuba. Debió ser antiguo refugio de caravanas, porque era extenso en hondura y amplitud, y tenía claraboyas abiertas en la alta y abovedada techumbre natural.

Muros de argamasa y bloques formaban compartimientos que despedían olor a cubil, y en uno de ellos, después de colocar su jaula, Bu-Djema empujó a los dos prisioneros.

—Ahí me esperaréis hasta que vuelva de entregar los dos camellos al hermano de Isfahan.

Salió, y por unos instantes sonaron rechinando los cerrojos y candados de la gran puerta herrada que cerraban el acceso al interior de la caverna.

Yolda fué quitándose sus blancos ropajes, para quedar de nuevo vestida simplemente con su corta falda vegetal. Carlos Lezama a manotazos se arrancó las blancas telas y quedó, pies desnudos, con su desgarrada camisa y su corto pantalón en no mejor estado.

—¿Sabes una cosa, Yolda?..—dijo, meditativo—. Este viejo chivo no me gusta.

—¿Chivo?

—Llevan todos barba estrecha y larga.

—¿Y no te gustan los chivos?—preguntó ella, sentándose a una imperativa señal del muchacho, que le indicó sitio a su lado en el tosco banco.

—Hasta ahora sólo nos ha dado para comer carne cruda, dátiles y empalagosa miel y escasa agua. Luego, al entrar aquí, ha cambiado. Tentado estuve de largarle puntapié en las espinillas. Pues ¿no nos empujó? ¿Y no oíste cómo nos habló? Mandando.

—Es anciano, y debemos obedecerle, Carlos.

—Yo sólo obedezco a mi padre... y a ratos a “Cien Chirlos”, cuando se pone muy bruto. Pero a ese viejo le voy a dar yo brea si vuelve a empujarme. Claro, tú eres un rabo de lagartija medrosa, con cara de susto y pasmo. Pero yo soy un hombre, ¡rayos y truenos! Bueno, en consideración a que me salvó la vida, procuraré no enfadarme con el viejo Bu-Djema. Pero si quiere pelea, se la doy, que para eso, me enseñó “Cien Chirlos” muchos ardides...

Yolda escuchaba con suma atención, pero, al igual que el muchacho, sentíase intrigada al oír los crecientes gruñidos inquietos de los cachorros, que presentían instintivamente que algo sórdido les esperaba.

—¡Malditos bichos!...—gritó el hijo del Pirata Negro—. Arman zapatiesta de órdago.

—¿Qué es zapatiesta y qué es órdago?

—Son cosas que decimos los hombres de mar. Voy a dormir un rato. El bailoteo de las jibas me ha dado sueño.

Bu-Djema, al entrar, tras cerrar cuidadosamente la puerta, fué a descolgar un rebenque del muro y alzó la larga correa. Por varias veces la hizo restallar contra el suelo...

Chispeantes los ojos, por maliciosa crueldad, acercóse al compartimiento donde se hallaban los dos niños.

—Ahora os diré quién soy. Lo sabréis pronto, igual que esos cachorros. A ellos y a vosotros os pondré los huesos blandos.

Rió al citar sus dos últimas palabras.

—Los huesos blandos. ¿No sabéis qué es eso? Yo soy Bu-Djema, el gran domador de fieras. El mundo entero canta el valor de Bu-Djema. Tú eres fuerte. Cheij Khan y yo te domaré. Serás un cuerpo dócil, que podrá retorcerse en mil posturas inverosímiles, porque conozco el arte de quebrar huesos haciéndolos flexibles y a la vez fuertes. Mis hierbas del “Oued” os darán a los dos elasticidad de acero. Todo músculo, sin carne, Cheij Khan. Sólo comerás carne cruda, dátiles, miel y agua. Y cada dos días el licor de hierbas. Serás grande, Cheij Khan. Las cortes rivalizarán por verte actuar. Tragarás fuego y no te quemarás, porque te enseñaré a usar las semillas del “Vlatij”. Domarás tigres, leones y jugarás con el chacal reidor. Y Yolda bailará danzas aéreas, como una golondrina... ¡Ja, ja! ¿Por qué tiemblas, Yolda, reina negra? ¿Te asusta el buen Bu-Djema?

¿Acaso tú...?

—Oíd, anciano interrumpió, retador, el hijo del Pirata Negro—. Yo quiero salir en busca de mi padre, y Yolda vendrá conmigo. Os permito también que nos acompañéis, porque es justo que mi padre, os recompense.

—Aquí permanecerás durante cuatro años, Cheij Khan. Y entonces...

—Apartad de mi camino vuestro rebenque y vuestras piernas, anciano. ¡O por mil rayos juro que no respetaré vuestra barba de chivo!

Y el muchacho, cerrados los puños, avanzó. Bu-Djema alzó el látigo y la larga correa enlazó por los brazos al muchacho, derribándole de un tirón al suelo.

Los forcejeos del muchacho tendido en el suelo, y retenido por la planta del desnudo pie de Bu-Djema contra su pecho, suscitaron admirativa risa en el árabe domador.

—Fuerte mozo, muy fuerte. Serás prodigioso, Cheij Khan.

Oyóse una carcajada que fué creciendo en intensidad. Parecía la risa de un demonio burlón, gozando con una broma muy placentera.

El chacal reidor, inquieto y rebelde, sentía hambre... y crueles deseos de morder, pelear y husmear sangre...

El rebenque fue cruzando a diestro y siniestro el torso y las piernas del muchacho derribado, mientras Bu-Djema, satánico el semblante, iba diciendo, acompasando sus frases a los latigazos:

—Yo soy el domador de Aljiuba, Cheij Khan. No lo olvidarás nunca y en todo me obedecerás. Yo daré a tu cuerpo una fortaleza sin igual. Tú serás el mejor acróbata que desfilarás por las cortes europeas. Tus huesos flexibles se torcerán a tu voluntad. Y como yo te domo, tú domarás las fieras. No intentes atacarme, fierecilla. No lo intentes...

En su rincón, desplomada y cubriéndose el rostro con las manos, Yolda lloraba desconsolada.

Carlos Lezama pugnaba por hurtarse a los rebencazos y a la vez saltar encima del árabe, pero Bu-Djema, con hábil y diestro tino de domador experto, inutilizaba todos sus intentos prodigando atinados correazos.

A los gritos de dolor y de rabia del vapuleado niño, el chacal

reidor hizo repentinamente eco con un agudo y escalofriante aullido.

Cuando empezaba a cansarse el brazo de Bu-Djema, perdió el sentido Carlos Lezama. Despertó para verse extrañamente atado, como si estuviera suspendido de la bóveda.

Se hallaba en el centro del compartimiento donde, separadamente, estaban en amplia jaula los tres cachorros. El tigre dormitaba; el león andaba inquieto, y el chacal contemplaba al prisionero con silenciosa risa astuta, chispeantes los ojos en gracioso destello.

Dos correas pendían del techo y remataban en manopla de cuero con muñequera donde estaban introducidas las manos de Carlos Lezama, brazos en alto. Sus pies estaban inmovilizados por unos cepos afelpados.

Se hallaba solo con las tres fieras, y quemantes lágrimas de furor escocieron sus párpados al mirar su cuerpo y sus piernas surcadas por trazos rojizos, y darse cuenta de la imposibilidad de libertarse del ingenioso dispositivo que le mantenía en pie e inerme a la merced del domador.

Recordando el gesto con el que “Cien Chirlos” le dijo que sé manifestaba desprecio, escupió cuando ante él apareció Bu-Djema, rebenque en mano.

—¿Tienes hambre, Cheij Khan?

—Sí—reconoció a regañadientes el niño—. Pero me llamo



Y el muchacho, cerrados los puños, avanzó...

Carlos.

—Te llamas Cheij Khan— y el rebenque, al restallar contra una reciente tumefacción en las costillas, hizo ladearse al niño— ¿Cómo te llamas?

—Tengo hambre—replicó el niño

—¿Cómo te llamas?

El chacal atrajo la atención de Carlos Lezama. Daba cabezadas y sonreía como si aconsejara afirmar. Mostraba sus dientes agudos en agradable sonrisa, aunque sus ojos tenían luz de fiera sedienta.

—Me llamo Cheij Khan. Tengo hambre.

—Ahora comerás rica carne y jugosos dátiles.

—Quiero algo caliente, Bu-Djema.

Marchóse el árabe, para regresar media hora después con una escudilla humeante, de la cual con una cuchara de madera fue extrayendo, aplicándola a los labios del prisionero, un sabroso caldo.

Sorbió glotonamente el que, desde su recogida en el mar, no había probado nada caliente. Poco después, una extraña sensación de flojedad invadió sus miembros, y sintióse incapaz de coordinar sus pensamientos.

La misma hierba que en el aprendizaje convertía a los cachorros

en dóciles animales, actuaba ya en las venas del rebelde niño.

Con brusca risotada liberó Bu-Djema al muchacho, que, tambaleándose, frotóse los brazos, mirando con ojos extraviados en su rededor.

Dejóse caer sentado y le pareció alucinación lo que a continuación vio. Una esbelta figurilla negra andaba por el aire llevando entre sus dos manos una larga caña, que de vez en cuando, al tambalearse su cuerpo, aplicaba en el lejano suelo para recuperar el equilibrio.

No podía ver el alambre de hierro tenso bajo los desnudos pies de Yolda, que estaba recibiendo sus primeras lecciones de alambrista.

Fueron semanas de alucinación continua, en las que la intensa fealdad de sus pesadillas, que ignoraba eran realidad, tenía como punto culminante la visión de un hocico riendo silenciosamente y de vez en cuando un agudo aullido.

Pero Yolda, sumisa, y a la cual no había sido preciso administrarle el jugo de hierbas narcóticas paralizantes de la voluntad, presenció estremecida lo que a Carlos Lezama se le antojaban hórridas pesadillas.

Fué primero un vapuleo laborioso, en el que Bu-Djema, armado con un palo envuelto en paños húmedos, azotaba incansablemente las junturas de las articulaciones óseas del niño atado con las manoplas y los cepos.

Y a medida que, como un herrero golpeando el yunque, iba Bu-Djema azotando los huesos del infante, murmuraba palabras árabes, hasta lograr que el niño español las repitiera adecuadamente.

Después le daba de comer carne cruda, dátiles, miel y otra maceración especial de hierbas destinada a endurecer sus fibras musculares. Y, por último, le vertía en la boca el humeante brebaje que le convertía en un dominado e inconsciente muñeco.

Tendíase molido en un hacinamiento de paja, ante las tres jaulas. Y antes de que el sueño viniera a tender con benevolencia su cortina de olvido las últimas visiones de la pesadilla de Carlos Lezama eran las fauces de las tres fierecillas, y en especial la risa silenciosa del chacal.

El vapuleo aumentó en intensidad, y a los gritos del martirizado oponía Bu-Djema un mayor encarnizamiento en su labor. Estaba

“construyendo” al futuro volatinero contorsionista, y saciando antiguos rencores contra el rival, Cheij Khan, sintiendo gran satisfacción en moldear los huesos del muchacho.

Lo hacía con diestro conocimiento y acertada escala progresiva, porque por encima de su propia crueldad estaba el deseo de llegar a convertir al muchacho en el mejor acróbata árabe ante el cual se embobaran las muchedumbres europeas como antaño lo hicieran ante él y Cheij Khan.

Mientras tanto, Yolda iba convirtiéndose en la futura funámbula alada, bailando sobre el alambre, como un idolillo pagano.

Y llegó un día en que las pesadillas se fueron aclarando. Carlos Lezama, que sólo contestaba cuando en árabe se oía interpelar por Bu-Djema por el nombre de Cheij Khan, dióse cuenta de que estaba dando vueltas en el aire.

Daba volteretas rápidas sin tocar el suelo cogido por la cintura en ancho cinto de cuero, con argollas a las que estaba atada a cada flanco una cuerda que terminaba asida en cada pared del compartimiento.

Las manos de Bu-Djema le imprimían un vaivén y el cuerpo elástico y descoyuntado del niño giraba en el aire como una rueda alrededor de su eje. Y aquel ejercicio era acompañado por guturales gritos animosos del árabe, a los cuales replicaba Carlos saltando y gritando en réplica feroz con onomatopeyas en lenguaje islámico.

Fueron siguiendo las distintas etapas del duro aprendizaje. Un día daba volteretas sin darse cuenta que ya no tenía alrededor de su talle la ancha faja de cuero.

Poco después alzaba pesos compuestos por gruesas piedras con argolla para asirlas. Y creía levantar en vilo una piedra obscura cuando al remate de sus dos manos en alto sostenía a Yolda en pie.

Desfilaron los años. La vida para el muchacho era un continuo vivir en tinieblas. Pasaba el día entero en rudos ejercicios. Su cuerpo descoyuntado se torcía en las más inverosímiles posturas, doblándose hacia atrás hasta que la cabeza asomaba por entre sus piernas.

Y por la alimentación especial, su cuerpo se desarrollaba sin una partícula de grasa. Todo eran músculos, fibra y nervio. Una esbeltez acerada, pronta siempre a dispararse como un muelle a presión.

Llegaba la noche, obscureciendo las claraboyas, y Cheij Khan,

olvidado ya que en un día fuera Carlos Lezama hablaba en árabe cuando rebenque en mano entraba en la jaula donde los tres cachorros habíanse convertido en recelosas fieras gruñidoras que habían ido creciendo acostumbrándose a ver entrar en sus jaulas al niño que al compás con ellas iba creciendo.

Otras veces las llamas coloreaban el subterráneo, y Cheij Khan hacía saltar teas encendidas en juego malabar. Y acariciaba su cuerpo con la llama indolora, producida por la combustión de pequeñas semillas de “viar lij”.

Yolda era ya una esbelta bailarina, que, con la sumisión de su raza, conversaba con Carlos Lezama, llamándole también Cheij Khan y en español, pero hablando tan sólo de su trabajo.

Ambos formaban una pareja llamativa. Él, con doce años, aparentando ser ya un adolescente de fibrosos músculos imponentes, y ella algo más baja de estatura, pero prodigiosamente elástica, componían una pareja cuyos bailes acrobáticos hacían frotarse las manos enajenado de satisfacción al viejo Bu-Djema.

El humeante brebaje adormilador del cerebro sólo lo administraba ya Bu-Djema cada siete días. Y de vez en cuando hacía experiencias.

—Cheij Khan—llamaba autoritario.

Carlos Lezama alzábase de su camastro de paja, viniendo a saludar a Bu-Djema con el triple saludo árabe.

—Ordena, padre Bu-Djema — decía también en árabe Carlos Lezama.

—Nuestro chacal no está aún bastante apaciguado, Cheij Khan. Ofrece resistencia a tu voz.

—El tigre y el león son bravos, y antes puedo dominarlos, padre Bu-Djema—replicaba con su sempiterno tono monótono el muchacho—. Pero el chacal es traidor, astuto y engaña.

—Tú lo vencerás, Cheij Khan. Pronto saldremos a recorrer el mundo. Tu enseñanza y la de Yolda toca a su fin. Serás el asombro del mundo. ¿Y a quién deberás el triunfar?

—A ti, padre Bu-Djema. A ti, a quien debo respeto y veneración, porque fuiste padre de mi padre y consejero de mi madre.

—Era bravo tu padre, Cheij Khan. El más veloz caballista del desierto, y esposó bella española. Cuando ambos murieron me confiaron tu custodia.

Carlos Lezama miróse la cara interna del antebrazo izquierdo, donde unos extraños signos cabalísticos tatuados azuleaban la musculosa masa de fibras.

—Es un exorcismo contra el poder maligno — dijo Bu-Djema, señalando el tatuaje que él mismo había verificado durante un largo sueño del español, tres años antes.

No quería olvidar la procedencia del muchacho, por si algún día podía explotar el nacimiento del español. Y con caracteres persas había escrito, tatuándolo en el antebrazo izquierdo del narcotizado:

"Carlos Lezama, de Lanzarote, abril diecisiete diez."

* * *

Cuantas artes dominaba el viejo volatinero las transmitió inculcándolas al hijo del Pirata Negro, y en los principios del año 1716 reunió a ambos adolescentes.

—Nunca habéis salido de esta choza, donde os he dado alimento, calor y enseñanzas. El tigre y el león comen ya de tu mano, Cheij Khan, y sabes hacerles irritar, pero sin ponerte en peligro sus zarpazos. Eres ya un buen domador, Cheij Khan.

—El chacal, padre Bu-Djema—dijo monótonamente el hijo del Pirata Negro.

—Es peligroso, pero sabrás vencerlo, Cheij Khan. Eres fuerte, muy fuerte, y pisas con la ligereza del ciervo y el aplomo del león. Nuestra raza es ágil, y tú eres el más ágil de los árabes. Yolda es de raza inferior, pero contigo triunfará. Y ahora, Cheij Khan, por la memoria de tus padres, debes trabajar ante infieles, para proporcionarle a Bu-Djema una vejez tranquila y cómoda. Tengo ya pasaje a bordo de un velero, un barco que anda sobre el mar. No has visto nunca barcos, Cheij Khan. ¿Te gustará viajar en velero, Cheij Khan?

—Si tú me lo ordenas, padre Bu-Djema.

—Cuando estés ante la masa de infieles, ríe, Cheij Khan. Ríe siempre... porque tu semblante serio no les divertiría. Ríe.

El hijo del Pirata Negro distendió los labios y mostró los blancos dientes. Bu-Djema sonrió.

—Tienes la silenciosa risa del chacal, Cheij Khan.

Cinco días después, Yolda y Cheij Khan, con las tres jaulas acomodábanse en un compartimiento cerrado de la cala de un velero, que zarpó de Mogador rumbo a Inglaterra.

Advertidos de que iban a peregrinar por tierra infiel de intensos fríos sus ropajes árabes eran de gruesa tela blanca.

Monótono y silencioso, Cheij Khan tenía en los ojos todo el fatalismo de la raza árabe. Sólo sonreía en silenciosa mueca de chacal cuando Yolda cantaba ingenuas romanzas españolas…

Capítulo IV

Cheij Khan

Baliol Holden, el rollizo y vanidoso mercader londinense, tenía la gran aspiración de ser considerado un elemento distinguido en la sociedad de la capital.

Este prurito social le conducía a organizar en su aparatosa mansión de Clapham, festejos en los que no escatimaba la abundancia de los manjares ni la presentación de originales espectáculos, con la finalidad de conseguir atraer a personalidades reacias a aceptar las invitaciones del que de simple suministrador portuario había llegado a ser un opulento financiero de toda clase de empresas.

Por una mañana de mayo de 1716, Baliol Holden desayunábase en compañía de su joven esposa, antigua camarera de cantina, que había aportado en dote una considerable belleza apicarada, de exuberante y sana lozanía.

Priscila Holden secundaba muy voluntariamente todos los esfuerzos de su esposo para lograr convertir la ostentosa morada de Clapham en reunión de conspicuos londinenses.

Pero no progresaban gran cosa en aquel propósito. Cierto que acudían personajes con renombre en los cenáculos literarios y artísticos, pero la mayor parte de ellos acudían para satisfacer atrasadas glotonerías y satirizar a sus anchas la pueril vanidad de los esposos Holden.

Acudían también aristócratas aburridos, que no disimulaban sus bostezos, para indicar a las claras que no les divertía cuanto sucedía en la casa de los Holden. Y no volvían, cuando perdían la esperanza que les había atraído, y que cifrábase en lograr la conquista de la hermosa Priscila Holden.

La antigua camarera comportábase mejor que muchas de las damas de nacimiento, y nadie podía jactarse de haber logrado de ella más que amables sonrisas y hábiles réplicas a las osadas galanterías.

Hubo un tiempo en que desfilaron por la mansión Holden cuantos Casanovas y Brummels campaban en Londres con la fama de irresistibles. Para ellos hubiera sido un galardón más el añadir a sus múltiples buenas fortunas la conquista de Priscila Holden.

Pero retiráronle fracasados, y Baliol Holden sacaba de ello un gran consuelo a su poco éxito en intentar atraer a la florida representación de la buena sociedad londinense.

Hubo sólo una época en que corrió el rumor de que, por fin, el poco agraciado Baliol Holden había sido castigado por atreverse a comprar con sus talegas una esposa tan atractiva.

Fué cuando Priscila fué vista repetidamente y en muy afectuosos secreteos con un apuesto caballero, de fuerte complexión, muy rubio, desdeñoso, y con una singular cicatriz en el párpado izquierdo, que le mantenía este espacio del rostro en perpetuo guiño malévolo.

Pero se acallaron los comentarios cuando, tras dos duelos, Hart Mulliner, que así se llamaba el desconocido, demostró no sólo que su espada era diestra, sino que quedaba incólume la buena reputación de Priscila Holden, llamada de soltera Priscila Mulliner.

Entonces, ya que la calumnia no podía cebarse en la esposa de Baliol Holden, echáronse las campanillas de la maledicencia al vuelo forjándose historias más o menos verosímiles alrededor de Hart Mulliner.

Se le tachó de negrero, de corsario de baja estofa, de bandolero del mar con ribetes de pirata. Se dijo que por su gran parecido con el famoso corsario Hugh Foster, hasta la muerte de éste a manos de un pirata español, Hart Mulliner había sido el "doble” del renombrado corsario, siendo el único que salvara la vida al ser atacado el buque corsario por un famoso pirata español.

Y como colofón a los comentarios, se dió por seguro que Hart Mulliner, quizá ya fatigado de malvivir en latrocinios, correrías sangrientas y asesinatos mal pagados, había preferido acogerse a la protección de Baliol Holden.

Hart Mulliner no era simpático al obeso comerciante

enriquecido, pero Priscila adoraba al hermano ingrato que nunca se ocupó de ella, y, poseyendo un gran corazón, había decidido regenerar al antiguo corsario.

Terminado el desayuno, Baliol Holden desplegó la *London Gazette* y se abismó en el estudio de la columna dedicada a las noticias de la Lonja. Priscila compartía los dulces de naranja, que eran sus predilectos, con “Chiffon”, el perrito francés de lanas, de hocico de viejo enfurruñado y ladridos agudos de falsete.

—¿No nos honra hoy tu hermano con su condescendiente presencia?— inquirió Holden al terminar la lectura de la columna financiera, que era lo único que leía de la *Gazette*, dejando para Priscila la lectura de los “Ecos Sociales”.

—No aprecias Hart, mi querido gordinflón—replicó ella, sonriente—. Debes tener en cuenta que es un hombre un poco amargado. Ha emprendido grandes empresas y le fallaron por mala suerte.

—Eso dirá él. Fracasa sólo el torpe o el que emprende caminos que bordean los abismos del infierno. No me oculto en confesarte que si soporto a Hart Mulliner es porque, desgraciadamente, es tu hermano, y a ti nada puedo negarte. Pero debiste escoger mejor a tu hermano—añadió, son leve burla cariñosa— Pero no discutamos lo inevitable. Eres demasiado buena al dar acogida al que, cuando disponía de buenos emolumentos, no te mandaba ni un penique, y permitía que tú trabajaras de sol a sol, mientras él disipaba sus caudales en francachelas y orgías indescriptibles.

—Hablas de oídas, mi buen Bali-Bali.

Los apelativos infantiles complacían al mercader, que aseguraba que no había mujer en el mundo que supiera decir con mayor gracejo aquellas lindas tonterías. Era un hogar feliz el de los Holden, pese a la diferencia de edades, y a la sombra que proyectaba sobre sus vidas el despego que manifestaban las 'figuras sociales en dejarse ver por sus salones.

—Pero tú mismo has dicho, mi simpático gordito, que no debemos discutir lo inevitable. Y lo inevitable es que, tanto como te quiero, quiero a Hart. Bueno, veamos qué dicen los “Ecos Sociales”.

Y en alta voz, siguiendo el rito habitual, Priscila Holden leyó las noticias referentes a enlaces, fiestas, bautizos... Conocían al dedillo las vicisitudes de las grandes familias de la capital, y era para ellos

una deliciosa sobremesa el comentar los sucesos de las altas esferas, comentándolos como si se tratara de personas con las que les unieran íntima amistad.

—...y Milady Riugerew dió el pasado lunes una recepción a la que acudieron, entre otros, ese magnífico Archibald, que tan agradables malicias sabe decir.

Suspiró Baliol Holden con sentimiento. Indudablemente, Archibald Claretown era un ornato de gran valía. Si él acudiera a una sola de las fiestas de la mansión Holden...

—¿No podemos lograr que acuda Archie?—preguntó, dando al esquivo aristócrata un diminutivo amable—.Le hemos enviado un centenar de invitaciones y nunca se ha dignado tan siquiera contestar que no podía venir concediéndonos al menos una excusa.

Y el rollizo semblante siempre alegre tenía ahora una mueca de contrariedad. Priscila, quizá para distraerle de su herida vanidad, ante el ofensivo comportarse de Archibald Claretown, hojeó las restantes páginas de la *Gazette*.

—Ayer noche, en el East End, dos maleantes mataron a un cochero—comentó, repitiendo un titular que acababa de leer.

Baliol Holden agitó una mano con indolencia, como dando a entender que los cocheros estaban destinados fatalmente a ser víctimas de los maleantes, y que, por tanto, eran noticias baladíes..

Pero prestó atención al oír la repentina exclamación de su esposa:

—¡Oh, Bali-Bali! ¡Eso es interesantísimo Escucha, escucha: "El prodigioso jefe árabe—declamó engoladamente—, el juvenil domador de rebeldes jinetes del desierto, el caíd viajero Cheij Khan, vendrá pronto a Londres, después de su triunfal recorrido por Cornualles y Devon. ¿Quién es Cheij Khan? Cheij Khan es la octava maravilla mundial, es la fuerza indómita que Bu-Djema, ya conocido por la sociedad inglesa, presentará pronto en los mismos lugares donde ya antaño triunfó, recuerden a Cheij Khan. Cheij Khan el único, Cheij Khan el maravilloso, Cheij Khan el jefe árabe que nadie puede olvidar..."

—¡Bah, bah!— comentó, desdeñoso, Baliol Holden—. Titiriteros, saltimbanquis...

—No, cariño. Un árabe sería una gran atracción en nuestros salones, si lo presentáramos antes de que en ningún otro local de

Londres se hubiera exhibido.

—Será un árabe de pacotilla, Priscila. Un italiano pintado de ocre, que será el hazmerreír de los entendidos, y que sólo puede tener éxito entre públicos de poblados. Ya sabes lo que hacen. Dan varios saltos en el aire, hacen muchos gestos y pantomimas, y total, nada.

—Pero suponte que sea un árabe de verdad, y que realmente haga cosas de maravilla. ¿Sabes qué pienso? Podría Hart ir a Cornualles o a Devon hasta dar con su barraca, y verle actuar. Si realmente es digno de contemplarse, lo contrataríamos para que diera representaciones en nuestros salones... No olvides que un espectáculo no visto podría atraer hasta al mismo Archibald Claretown...

—Hay un medio mucho más seguro de atraerlo—dijo desde el umbral del comedor una voz ácida, entre dientes, pero claramente audible.

Baliol Holden frunció el ceño. En cambio, Priscila, con una exclamación de contento, vino corriendo a abrazarse al recién llegado.

Vistiendo con sobria distinción, apuesto y en la plenitud de su madurez atlética, Hart Mulliner tenía el desdeñoso semblante levemente siniestro por el eterno guiño de su pupila izquierda, contraído en rictus malévolo.

Un rictus que, ahondando arrugas en las comisuras de sus labios, cincelaba una expresiva indiferencia cínica, que manifestaba que para aquel hombre ya nada podía ser digno de respeto ni creencia.

Sentóse ante el mercader, dejando en una silla vecina su chambergo y su espada. Cogió un dulce, que paladeó con fruición.

—Es lo único que me atrae en tu casa, Bali-Bali — dijo, incisivamente. —Esos dulces que harían honor a cualquier repostero francés.

—Los hago yo—dijo Priscila, orgullosa.

—No deberías proclamarlo, tontuela. Si queréis atraer a los personajillos de Londres, que no se os vea tanto el forro. Hueles a cocinera, Priscila, cuando hablas de tus habilidades de maritornes.

Acostumbrada ya a su hermano, Priscila preguntó, curiosa:

—Dijiste que hay un medio mucho más seguro de atraer a nuestras fiestas a Archibald Claretown... ¿Cuál, Hart?

—¡No quiero saberlo!—atajó, violento, Baliol Holden—. ¿No estás aún lo suficientemente prevenirla contra ese demonio de inmoralidad?

—No es lo que te supones, Bali-Bali —replicó Hart Mulliner, secándose los dedos en el pelaje de “Chiffon”, que en el regazo de Priscila gruñó amenazador—. Hay un procedimiento a tu alcance, sin que la virtud de tu esposa sufra menoscabo. Suelta los cordones de tu bolsa, avaro. Archibald Claretown, si recibiera privadamente buenas libras por tu conducto, quizá condescendería a acudir a tus comilonas.

—Ya una vez acudí a ese procedimiento—quejóse tristemente Holden—.Y en un tris estuve de que no me abrieran en canal. Lo hice con Ripley, y me retó a duelo. Tuve que presentarle toda clase de excusas, y me humilló durante varios meses. Dondequiera que me lo encontrara, me obligaba a sacudirle el polvo de sus zapatos con mi pañuelo.

Rió Hart Mulliner, complacido. Apresuróse Priscila a disipar el sonrojo de enfado con el que hablaba su esposo:

—¿Has leído la *Gazette*, Hart?

—No, porque no soy un viejo chocho, ni una bobalicona.

—Hay una participación de un futuro espectáculo. Mira, léelo tú mismo.

Terminada la lectura de la nota que había hecho insertar Bu-Djema, Hart Mulliner devolvió el periódico a su hermana.

—¿Y qué? Con tu candidez habrás supuesto ya que es un jefe árabe de gran fortuna que se codea con reyes de Las Mil y Una Noches.

—Tú has viajado mucho, Hart. Si tú vieras actuar a ese... Cheij Khan, podrías dilucidar si tiene cualidades.

—Una pequeña excursión por Cornualles y Devon no me disgustará. Abre tu bolsa, mercader. Pon a mi disposición la mejor de tus carrozas, y consiento en entrevistarme con ese árabe.

* * *

En Landing-on-Moor, pequeña ciudad del condado de Devon, las dos carretas que, tiradas por percherones, vinieron a acampar en el páramo desolado al oeste de la población, atrajo la curiosidad primero de los chiquillos.

Estos regresaron contando que la mitad de una de las carretas

estaba ocupada por tres jaulas cubiertas con gruesas telas para seguramente proporcionar calor al león, al tigre y al extraño animal que ocupaba la tercera jaula, y que era de hermoso pelaje y agradable morro sonriente.

La otra mitad de la carreta junto al pescante, la ocupaba un personaje de juvenil prestancia vestido a la usanza árabe de grandes ojos negros, soñadores y tristes.

Y en la segunda carreta vivían un árabe viejo de larga y estrecha barba canosa y una esbelta salvaje de piel negra.

Cuando quedó levantada una gran tienda de toldo para proteger la pista y hubo Bu-Djema alquilado cuantas sillas pudiera, la primera representación de los volatineros pasmó de maravilla a los ingenuos espectadores infantiles, acompañados de sus padres.

Pero a la segunda representación acudieron en masa todas las jóvenes de Landing-on-Moor. Y los comentarios abundaron: las más púdicas, hablaron del fascinador semblante del joven jefe árabe, que con tanto valor entraba en las jaulas de las fieras, jugando con ellas como si fueran animales domésticos. ¡Y era tan encantador su orgulloso saludo al recibir los aplausos fervorosos y sinceros!...

Era un saludo que desvelaba a las románticas: aquel modo tan solemne y a la vez sencillo de inclinar levemente la cabeza, llevándose la morena diestra a la frente, al corazón y a los labios...

Y aquellos triples saltos en el aire... y aquellas vueltas sin que los pies tocaran al suelo, girando como una peonza, brazos cruzados... Y las llamas acariciando el bruñido torso fibroso... Y las torturantes posturas, que hacían prorrumpir en grititos doloridos a las espectadoras, cuando el joven Cheij Khan, como una rueda, asiéndose los tobillos con las manos y arqueado inverosímilmente el cuerpo iba describiendo lentas vueltas alrededor de la pista, asomada la cabeza por entre sus piernas...

Hubo alguna pálida inglesa de ojos candorosos que, con la decisión despreocupada de su raza, intentó, al terminar el espectáculo, abordar al joven árabe para solicitar de él noticias de las lejanas tierras caldeadas por el luminoso sol africano.

Pero siempre chocaron con la obsequiosa negativa del viejo árabe, que en exótico inglés afirmaba que, por pertenecer a familia de elevada alcurnia, Cheij Khan no condescendía en hablar con quienes habían ya tenido el honor de verle actuar.

El hijo del Pirata Negro, siempre sometido a la influencia de las hierbas narcotizantes, obedecía sin comentarios cuantas instrucciones le dictaba Bu-Djema.

Para él, Yolda era otro animal más, que al, igual que “Karls”, el chacal, merecía sus preferentes atenciones, consistentes en tolerar que le hiciera compañía.

“Karls” había sido el nombre que para el chacal había sugerido aviesamente él propio Bu-Djema. Yolda era ya una atractiva “haussa”, inconsciente de la belleza selvática que sus estatuarios miembros y sus grandes ojos de gacela le conferían.

Muchas veces había intentado suscitar en Cheij Khan el recuerdo de los primeros tiempos de su llegada al oasis de Aljiuba. Pero el cerebro del hijo del Pirata Negro estaba embotado. Sus ojos tenían una ensoñadora mirada melancólica, ausente, como perdida en lejanas contemplaciones desprovistas de toda alegría.

Sólo tenía cierta expresión humana cuando, entrando en la jaula del chacal “Karls”, riendo silenciosamente, tendíase a sus pies, y abriendo las fauces aceptaba golosamente los pedazos de carne sangrienta...

—Los dos chacales—Comentaba Bu-Djema.

Y no percibía el presagio revelador cuando, en cierta ocasión, a bordo del velero que los trajo a 1a costa sur de Inglaterra, el chacal, inesperadamente, lanzando un aullido agudo, abalanzóse sobre Cheij Khan, cuando este le acariciaba la testa.

Era el animal una poderosa fiera de lomos ágiles y fuertes patas delanteras. Sus colmillos blancos y pequeños no parecían mortales. Si la diestra del adolescente, con férrea presión, no hubiera logrado mantener cerrada la roja boca del chacal, su cuello habría quedado segado...

Por un instante, suspendido en el aire en su salto traidor, quedó el chacal pataleando, al extremo del brazo hinchado por el esfuerzo del hijo del Pirata Negro.

Y el hocico de la fiera y el semblante del muchacho quedaron a la misma altura. Con un violento empellón proyectó Cheij Khan hacia atrás a la fiera, y al quedarse ésta agazapada, sonriendo anhelante, con una expresión de divertida admiración en sus humanos ojos acariciantes, el hijo del Pirata Negro sonrió también, mostrando, al igual que la fiera, sus dientes blancos y los rojos

labios henchidos de contenida sangre batalladora.

—Dos chacales—comentó Bu-Djema.,

Pero, seguro de los efectos de sus hierbas en la voluntad de Cheij Khan, no tenía temor de que el chacal-hombre intentara rebelarse contra él.



Hart Mulliner acomodóse entre los espectadores, con displicente aburrimiento de hombre que tantos panoramas y espectáculos ha contemplado, que no espera emoción alguna.

Depositó su chelín en la caja ofrecida por el viejo árabe de larga barba canosa, y entornó los párpados, dispuesto a contemplar las exageradas evoluciones de un fingido árabe, procedente de Palermo o Nápoles, hambriento y de la escuela de los Arlequines de la clásica pantomima.

Llevaba Cheij Khan en alto de sus hombros a la estatua negra, que dejó encima de la cuerda floja tendida entre dos postes, cuando Hart Mulliner palideció y sus labios formularon una muda imprecación...

¿Era alucinación? A no ser porque la mirada de Cheij Khan carecía de insolencia y de reto..., habría jurado que aquel rostro le era conocido.

Los negros cabellos rebeldes, a medias ocultos por el ceñido y estrecho turbante. Los músculos del, torso, la elasticidad del acróbata..., todo le recordaba con intensa evocación al hombre que odiaba con el único sentimiento que ya su alma poseía.

Viendo andar como una fiera dispuesta siempre al salto al joven árabe, Hart Mulliner por unos instantes logró evocar un pañuelo



...entrando en la jaula de "Karls", el chacal...

rojo alrededor de los cabellos, aretes en las orejas... ¡E1 Pirata Negro!

El pirata que había humillado al corsario Hug Foster. El pirata que con desdén español imperdonable le había hecho la merced de despreciar su vida, dándole misericordioso perdón...

Se reprochó el que la constante evocación del Pirata Negro le hiciera ver en cualquier semblante varonilmente latino una posible

semejanza. Fijóse con más detenimiento en el joven árabe, que ahora jugaba con las abiertas fauces de un tigre, y volvió a reasumir su desdeñosa expresión de indiferencia.

No... Nada en común, aparte la fortaleza física, los negros ojos y cabellos, tenía aquel árabe con el Pirata Negro. Su nariz recta no recordaba la arqueada de ave de presa de Carlos Lezama.

Carlos Lezama... Dos nombres impresos al fuego del rencor en su mente. No: nada en común. Eran dos semblantes muy distintos. Aun en el momento en que Cheij Khan obligaba a levantarse sobre sus cuartos delanteros al chacal corpulento y esbelto a la vez, y entonces había luz impertinente en las negras pupilas, nada en común podía haber entre aquel apuesto árabe y el pirata español Pero, de pronto, volvió a palidecer. Muy audible acababa de oír el grito del domador. Un grito ronco, gutural, de mando:

—¡“Karls”! ¡“Karls”!

Con aquellas dos voces, el chacal, que gruñía amenazador, retrocedió al fondo de su jaula, apaciguado.

Pero Hart Mulliner seguía con los ojos cerrados, húmedas las palmas de sus manos. La pronunciación del exótico nombre, a su oído, había sonado exactamente igual como el nombre del pirata español...

Cuando, después de un arriesgado volatín en el que desde la cuerda floja, y llevando en brazos a la negra equilibrista, Cheij Khan trazó en el aire un doble salto mortal para quedar en pie alzando en alto a Yolda, estalló una salva de exclamaciones admirativas y aplausos, despertó Hart Mulliner de la fuerte emoción en que habíale sumido el grito con el que Cheij Khan dominaba los instintos mal intencionados del chacal.

Dos antorchas llameantes salían ahora describiendo arcos delante del rostro de Cheij Khan, proyectadas hábilmente por sus manos. Y de nuevo las llamas evocaron en la mente de Hart Mulliner el recuerdo del Pirata Negro.

Cuando terminó el espectáculo había recuperado Mulliner su sangre fría habitual. Regresó a la suntuosa carroza puesta a su disposición por el esposo de su hermana, y envió un lacayo portador de una moneda de oro: una guinea, y el encargo de comunicar al viejo árabe Bu-Djema que un rico caballero londinense deseaba hablarle.

Que se presentase en el “Mesón del Gallo Rojo” acompañado de Cheij Khan, donde recibiría otra guinea, y posiblemente una oferta insospechada.

Al día siguiente, a media mañana, en la sala del “Mesón del Gallo Rojo”, acudió Bu-Djema solo; y en su defectuoso inglés, tras hacer un profundo saludo al donante de la guinea de oro, explicó la ausencia de Cheij Khan.

—El caballero perdona a Bu-Djema, porque no puede vencer hostil carácter de Cheij Khan, árabe orgulloso, enemigo de infieles. No quiere venir. No quiere oro. No quiere hablar. No puede más que hablar árabe y español.

Esta última palabra volvió a sobresaltar a Hart Mulliner, el hombre que desde hacía varios años no vivía más que meditando en vengarse del Pirata Negro. Pero no una venganza mezquina, sino la más refinada que pudiera existir, para el que venció a Hug Foster y despreciόle.

A veces pensaba que quizá el pirata español estuviera ya muerto, ahorcado o vencido en lucha, por su costumbre de atacar a enemigo superior. Pero estimaba que los dioses no le podían siempre ir en contra.

—Escucha, moro astuto. No pretendas engañarme a mí. Cuanto has dicho podrá impresionar a los que nunca salieron de Inglaterra. Pero tienes ante ti a un hombre que navegó por todos los mares. Conque no persistas en la leyenda oriental, que respetaré para los demás, porque así interesará a quien me envía, pero que no estoy dispuesto a tolerarte, porque no admito engaños en perros saltimbanquis. Un poderoso mercader de Londres está dispuesto a pagar montañas de oro por tu fiera domesticada. Imparcialmente, reconozco que Cheij Khan es prodigioso. Indudablemente atraerá gente a los salones de mis familiares. ¿Cuánto ganaste ayer noche?

Bu-Djema, impresionado a su pesar por la carroza, los lacayos, las guineas en perspectiva y el modo autoritario de hablar de Hart Mulliner, no perdió, sin embargo, su perspicacia de mercader y dobló la verdadera cantidad, de la recolecta de chelines.

—Landing-on-Moor es grande, Bu-Djema. En los otros poblados ganarás menos. Con mi protección podrías triunfar en Londres. Yo te presentaré en los magníficos salones de Baliol Holden, donde va toda la aristocracia de la capital. Después podrás recorrer otros

salones, si yo te protejo. Iremos de triunfo en triunfo, si me reservas la quinta parte de las fabulosas cifras en que yo conseguiré que tu negra y tu árabe sean contratados. No finjas meditarlo. Sabes que, si no te patrocina un inglés, no alcanzarás ni la décima parte de lo mucho que yo puedo conseguirte en Londres.

—Cheij Khan es la maravilla que...

—Podrá extrañarte que yo un caballero, condescienda a proporcionarte un tutelaje que te enriquecerá, pero en muchas peripecias he vivido para detenerme ahora en consideraciones de índole racial.

En la mente de Hart Mulliner, abandonado ya el recuerdo y parangón que había hecho con el Pirata Negro y el joven árabe, existía ahora un propósito bien definido.

Muchas veces había soñado con hallar un medio que por tierra le permitiera viajar, sin exponerse a caer en manos de la justicia, y lograr asegurarse el sustento diario. Deseaba recorrer cuantos lugares pudiera, tras la pista del Pirata Negro, y con taimado proyecto pensaba ganar la voluntad del joven árabe.

Si lograba convencerle de que bajo su tutela lograría mayores beneficios, no vacilaría en eliminar al que ahora estaba ofreciendo una alianza, y así conseguiría su demorado fin de alcanzar algún día dar con el paradero Idel Pirata Negro.

—Tú llegarías a Londres, y con este procedimiento de pasar colecta poco ganarías.

—En vez de un chelín, recogería dos.

—Aunque así fuera, en una noche lograrías, con muy buena suerte, reunir unos mil chelines. En cambio, yo, con sólo una actuación de tus acróbatas, en morada distinguida, te prometo una recaudación de cien guineas seguras, porque te serán pagadas por el propio dueño de la casa donde trabajen tus títeres humanos. Y es casi seguro que si, como espero, obtenga éxito tu árabe, en la misma casa estéis por espacio de un mes, con cuatro actuaciones pagadas espléndidamente.

Sobre la mesa, entre ambos, había un frasco de *brandy*, del cual Hart Mulliner servíase de vez en cuando un vasito. Notó, a la tercera vez que lo hacía, la mirada brillante del viejo domador clavada en el ambarino líquido...

Pero Hart Mulliner no hizo comentario alguno ni invitación.

Limitóse a despedir al Bu-Djema, diciéndole que estaría hasta el día siguiente en Landing-on-Moor, y que sólo hasta entonces aguardaría su aceptación.

Y con su aparente desdén y falta de interés obtuvo Mulliner lo que se proponía. Al terminar el espectáculo, Bu-Djema, después de' cerciorarse de que los fuertes candados exteriores de las dos carretas impedían la salida de Cheij Khan y de Yolda, marchóse al mesón del “Gallo Rojo”...

Encontró al rubio inglés del párpado cicatrizado acomodado en mangas de camisa a la ventana de su aposento, tras una mesa sobre la que un frasco de *brandy* medio vacío hacía compañía a otro repleto.

—¿Decidiste ya?—inquirió con displicencia Mulliner, sirviéndose un vaso de brandy, que paladeó chasqueando después la lengua.

—Cuando tus amistades de la capital vean a Cheij Khan acudirán todos a mí, señor, Nunca ha habido un funámbulo tan perfecto como Cheij Khan. Salta y corre como una fiera. Lleva en sus venas sangre impetuosa.

—¿Acaso la tuya?..—preguntó con desprecio evidente Mulliner.

—No. Pero dime, señor: ¿estás seguro de que tus amigos de Londres pagarían cien guineas por noche que actuara Cheij Khan?

—Te aseguro cuatrocientas guineas por cuatro actuaciones únicas durante un mes en la mansión de mi cuñado, la lujosa morada de Clapham. Y sería un trampolín desde el cual más tarde podrías lanzar a tu árabe. Yo, con franqueza te confesaré que, una vez os vayáis de Londres, ya no me interesará ir con vosotros. Lo he pensado mejor. Con lo que gane presentándoos a mis amigos de Londres me bastará. Si aceptas, puedes sentarte, acercarte un vaso y beberemos por nuestro triunfo en Londres.

Ávidamente, Bu-Djema, que en su avaricia no quería gastar dinero en conseguirse el licor que abrasaba las entrañas, dando etéreos sueños de alegres visiones, corrió en busca de un vaso en la cercana mesa, y. regresando, lo tendió.

Bebió varias veces, mientras Hart Mulliner, presentándose a sí mismo como un antiguo marino de guerra, hablaba de sus viajes, con anécdotas amenas y relatos de hechos navales.

Estaba ya mediada la segunda botella, cuando Bu-Djema sonrió

aviesamente al escuchar el final de uno de los relatos:

—...y cuando la tempestad amainó, el mar estaba lleno de cadáveres de los prisioneros, a los que las olas habían barrido de cubierta. Seguían atados a los palos.

—También al amainar la tempestad vi a Cheij Khan—explicó Bu-Djema, con pastosa entonación—. Estaba luchando por arrancar de un escollo a un cuerpo atado a un palo. Vi sus músculos, y cuando supe que sólo tenía siete años decidí protegerlo. Tenía entonces toda la pujante rebeldía de un español.

La diestra de Mulliner se crispó alrededor del vaso. La mención de la raza española le traía a las mientes el recuerdo quemante del Pirata Negro.

—Era rebelde, muy valiente. Pero le domé, y sus instintos han quedado dormidos. Su cerebro me pertenece, porque infiltré en él humo de hierbas.

Cada siete días le doy a beber semillas hervidas de una poderosa raíz narcótica, y por eso es un chacal domesticado, sin fiereza.

—Eres listo, Bu-Djema. Tu Cheij Khan es un mozo que con sus diecisiete o dieciocho años podría darte trabajo si se enamorase.

Rió satisfecho el árabe, perdida toda prudencia bajo los efectos del embriagador líquido ambarino.

—Cheij Khan no tiene más que trece años, señor.

—¡No es posible!—dijo el inglés, sinceramente asombrado—, Tiene toda la apariencia de un mozo de dieciocho años y hasta de veinte.

—Se debe a su altura, y desarrollo, señor. Y también a su seriedad de semblante, aunque sólo ría como un chacal cuando termina algún número tal como le enseñé. Lo he moldeado como un escultor al barro, y su mente sigue dormida, como cuando tenía siete años. Nadie reconocería en Cheij Khan al niño español que yo salvé en el mar cerca, de la isla de Lanzarote. Y él mismo ha olvidado ya quién es, ni nunca volverá a saberlo, porque el humo de la raíz que le hace dócil a mi mandato, barrió de su mente todo el recuerdo de quién era.

Hart Mulliner servía el *brandy* porque deseaba saber cuanto más posible del joven árabe, para más tarde, eliminando a Bu-Djema, intentar atraerse la amistad del que le parecía un altivo y soñador hijo del desierto.

Escuchaba, pues, sin presumir lo que iba a seguir.

—...barrió de su mente todo el recuerdo de quién era. Pero yo... le tatué en el antebrazo en caracteres persas sus nombres y fecha del salvamento, por si algún día nos... nos podemos servir de ello. Tenía nombres muy extraños... Gracioso fué cuando puse por nombre a su chacal, con el que está muy encariñado, el nombre que es el suyo, y no se da cuenta. Me río cuando llama a su chacal por su propio nombre, sin saber que es el suyo.

Unas gotas de sudor perlaron en la frente de Hart Mulliner. La noche de mayo era tibia... Si en aquellos instantes interrumpe la divagación del viejo árabe con alguna pregunta, quizás despertado su latente recelo anegado ahora en alcohol, Bu-Djema hubiese callado.

Pero viendo el rostro absolutamente indiferente y desdeñoso del inglés, continuó el domador de Aljiuba hablando, después de servirse otro vaso:

—No come más que carne cruda, dátiles y miel. Bebe muy poca agua. Por eso es esbelto, pero prodigiosamente fuerte. Un chacal... Vestido a vuestra usanza engañaría, y, sin embargo, las ropas ocultarían una potencia muscular tan recia cómo la de tres hombres juntos. Aborrece toda otra comida. No vive más que para su trabajo y su chacal.—Y empezó a ser incoherente; el viejo árabe, ahíto ya de alcohol—. Yolda le quiere... y él no lo ve. Es inocente. No sabe tan siquiera que una mujer... No sabe nada. Se cree hijo de un árabe y una española. A veces... parece despertar y su mirada es aterciopelada, pero brilla peligrosa; y entonces le doy brebaje... Iba en busca de su padre... Un pirata internado en tierra bereber... Debía ser un pirata español muy decidido... Luego supe por caravanas, que hubo un pirata que, venciendo a “Mezzomorto”, volvió a zarpar rumbo a tierras españolas. Sería él... Carlos... Carlos Lezama... Eso es...

Hart Mulliner cerró los ojos y mordióse los labios hasta hacerlos sangrar, para retener el grito de furor que la mención de los dos nombres odiados iba a provocarle.

Su rostro palideció tan intensamente, que Bu-Djema, aunque sin adivinar la verdadera causa, púsose dificultosamente en pie, pensando que si el inglés, acostumbrado a beber aquel líquido fuerte, estaba tan lívido, él estaría a punto de enfermar.

—Me voy, señor... Estaremos aún en Landing-on-Moor unos cuantos días. ¿Te irás?

—No. Me quedaré, Adiós, Bu-Djema...

Tambaleándose, salió el viejo árabe. Hart Mulliner, apenas se hubo marchado el árabe, hundió el rostro en una jofaina, y por espacio de un largo minuto quedóse con el semblante sumergido en la fresca agua.

Cuando, chorreante la faz, se aproximó a la abierta ventana, sus facciones estaban crispadas en muda mueca de intenso odio. Había encontrado el punto vulnerable para herir al Pirata Negro.

Y recordaba una de las frases de Bu-Djema: "Lo he moldeado como un escultor al barro y su mente sigue dormida como cuando tenía siete años".



Bu-Djema fue despejándose por el camino, aunque seguían aún enturbiándole el seso los vapores del fuerte brandy. Cuando llegó junto a las dos carretas, encendió los rescoldos de la hoguera, y sobre ella fué calentando las raíces narcóticas, con las que domaba el temperamento sanguíneo del hijo del Pirata Negro.

Cuando ya humeaba el brebaje en la escudilla y con ella en las manos se dirigía n la carreta de Cheij Khan y las tres fieras, cayó de sus manos la escudilla y retrocedió asustado.

Pero tranquilizóse al reconocer a su nocturno visitante, que desembozándose de la gran capa que 1e envolvía, mostró un semblante ajado, enjuto y ansioso, donde las mortecinas pupilas y las muchas arrugas hablaban de un pasado tormentoso.

—Hola, Bu-Djema. Estoy dispuesto a aumentar hasta cinco mil libras. Una fortuna. Cinco mil libras. ¿De qué te sirve Yolda, viejo Bu-Djema?

—Es exótica—replicó débilmente Bu-Djema. La mención de la fuerte cantidad añadía nuevos mareos a su cerebro. Hasta entonces el rico mercader de Landing-on-Moor había ofrecido dos mil libras por la compra de Yolda...

—Pero el público no acude por Yolda. Todos vienen para admirarse ante Cheij Khan. Yo no insistiré más, Bu-Djema. Es un capricho que tengo, porque Yolda me recuerda una "haussa" que conocí allá cuando era yo capitán mercante por el gran golfo. Esta noche he venido para que cerremos el trato o lo abandonemos.

Tengo aquí bolsa con cien guineas de oro. Si las aceptas, yo iré a Londres a buscar el resto de la suma que te ofrezco, y me entregarás a Yolda. No he de volver más por aquí, Bu-Djema. Coge o déjalo. Son ahora cien guineas de oro, y a mi regreso te contaré el resto hasta cinco mil libras. Un tesoro, Bu-Djema...

Bu-Djema sentóse porque sentía pesadez en sus hombros. Tendió las manos, y en ellas sospesó la voluminosa bolsa.

Era cierto lo que decía el libidinoso inglés caprichoso. Yolda no era atracción. La eclipsaba Cheij Khan...

—Acepto—dijo bruscamente, escondiendo bajo su capa la bolsa.

—Trato hecho, Bu-Djema—exclamó con los ojos encendidos el inglés—. No puedes volverte atrás, o ¡a fe mía que te pediría la vida por el engaño!

Desapareció el inglés, tras citarse para dentro de cuatro días en aquel mismo paraje.

Bu-Djema corrió a su carreta, y por espacio de media hora fué amontonando las monedas de oro, acariciándolas.

Le entró sopor y derrumbándose sobre sus brazos cruzados, durmió encima de la mesa. Le despertó el ruido que golpeando contra la puerta del tabique de madera que dividía la carreta en dos compartimentos, hacía Yolda llamándole, extrañada por la tardanza del viejo árabe en abrirla.

Tambaleándose se puso en pie Bu-Djema. La visión de las monedas refulgentes al sol, le recordó que había pactado la venta de Yolda, en cinco mil libras.

Escondió presuroso las monedas en el sólido cofre, y salió para ir a abrir el cerrojo del compartimiento donde dormía Yolda.

Esta salió, y como siempre dirigióse a la carreta ocupada por Cheij Khan y las tres fieras.

Abrió la puerta, sirviéndose de la llave entregada por Bu-Djema, y entrando vino a besar en la frente al dormido Carlos Lezama:

—Brilla mucho el sol, Cheij Khan perezoso—canturreó ella. —Despierta ya, holgazán.

Sentóse Cheij Khan en su lecho de pieles, y desperezóse con abandono.

—Brilla el sol—dijo lacónicamente.. —Comida, Yolda.

La negra extrajo de la bolsa que llevaba colgando del hombro desnudo, la habitual comida que compartía con el muchacho.

Indiferente, masticaba Cheij Khan. Cuando terminó se puso en pie, y dirigióse a la jaula del chacal.

Descolgó del techo un pedazo de carne sangrienta y la agitó en el aire. “Karls” gruñó sonriente, encandilados los ojos...

El tigre y el león gruñeron como siempre irritados por el trato de favor que del joven domador merecía el chacal.

Entró Cheij Khan en la jaula del chacal, y éste, erizado el pelo del lomo, miró la señal que acababa de hacerle su amigo-enemigo. Tendióse boca arriba, con las patas inertes.

Sonrió Cheij Khan y tiró al aire el pedazo de carne. Con elasticidad prodigiosa el Chacal abalanzóse recogiendo el alimento antes de que tocara el suelo.

—¡Yolda!—resonó la voz de Bu-Djema en la entrada de la carreta.

La negra abandonó la carreta. Regresó cinco minutos después deshecha en llanto. Cheij Khan bostezaba en pie, extendiendo sus poderosos brazos donde los músculos no abultaban voluminosos, sino estriados de fibras duras como piedra.

Truncóse el bostezo, y la flema de Cheij Khan sufrió una leve alteración, por el desusado gesto con el que Yolda, perdido todo dominio de sí misma, acababa de estrecharse contra su pecho, gimiendo como un animal herido.

—¡No quiero! Protégeme, Cheij Khan. No me abandones. No dejes que me vaya. Protégeme, Cheij Khan.

Repitió estas palabras infinidad de veces sacudidos los hombros en incontenibles sollozos, hasta que fué aplacándose por la mano persuasiva de Cheij Khan actuando como si amansara a su chacal, acariciaba su cabeza con rudo ademán no exento de hábiles presiones reconfortantes.

—Bu-Djema me ha ordenado que dentro de cuatro días parta de aquí acompañando a un blanco de la tierra. Y no quiero.

—¿Por qué? Si padre Bu-Djema así lo quiere, debes obedecer.

—Protégeme, Cheij Khan. Dile a Bu-Djema que no quieres que me separe de vosotros.

—Debemos obediencia a padre Bu-Djema.

Ella separóse bruscamente dejando de abrazarse al muchacho. Y por vez primera le miró centelleantes los ojos y engarfiadas las manos:

—El látigo te ha convertido en un perro tembloroso, Cheij Khan. No eres un hombre valeroso. Eres un esclavo. Bu-Djema te azotó noches y noches. Perdías el sentido y yo venía a cantarte para que cesaras de gritar en tus pesadillas. No eran pesadillas, Cheij Khan. Como a mí, debió Bu-Djema comprarte…

—¡Vete, Yolda! ¡Vete! Estás calumniando a padre Bu-Djema, que es nuestro salvador y que nos protege, asegurándonos una vida fácil. Él me ha explicado que los demás trabajan hasta caer muertos y extenuados. Yo en cambio duermo cuanto me apetece, y no tengo más que jugar con mis amigos—y señaló las tres fieras. —Y la gente me admira. Y todos me envidian. Vete, Yolda. No le diré a padre Bu-Djema que te has rebelado, pero no vuelvas a calumniarle.

Ella, apaciguado ya su momentáneo impulso de rebelión, abandonó la carreta. Pero en la pequeña escalera la detuvo asiéndola por el hombro, Bu-Djema.

Había estado escuchando… De un manotazo derribó al suelo a la empavorecida negra, y sabiamente, sin producirle magulladuras que luego quedaran visibles, la golpeó sañudamente con los pies y los puños.

—¡Malvada desagradecida! ¡Fierecilla mordedora!—iba gritando mientras la vapuleaba. —Intentas morder la mano que te protege…

En el umbral de la carreta, brazos cruzados, Cheij Khan reía silenciosamente, mostrando los blancos dientes.

Pero de pronto, ante un puntapié más brutal que los otros, que hizo prorrumpir a Yolda en alarido de dolor, algo extraño pasó por el subconsciente del hijo del Pirata Negro.

Estaba aún sonriente, cuando súbitamente, sin saber a qué secreto impulso obedecía, describió un salto y empujó a Bu-Djema.

Su empellón proyectó a cinco pasos al árabe que cayó por el suelo derribado como por la furia de un vendaval.

Y al levantarse sorprendido y contusionado, vió a Cheij Khan en pie, manteniendo abrazada a la sollozante Yolda.

Bu-Djema desenvolvió el látigo que rodeaba su cintura, y lo hizo restallar.

—No, padre Bu-Djema—dijo secamente Cheij Khan mostrando los dientes al igual que “Karls”. —No, padre Bu-Djema. No vuelvas a pegar a Yolda.

—¡Es a ti a quien voy a despedazar, víbora ingrata que ha osado

poner la mano encima de quien tantos desvelos por ti ha sufrido!

Apartó Cheij Khan a Yolda, y cruzóse de brazos:

—Merezco el castigo, padre Bu-Djema. Pero a ella no vuelvas a pegarle. ¡Es... es una mujer!

Detúvose extrañado el viejo árabe, y hasta el mismo que acababa de pronunciar aquella frase quedóse extrañado. ¿De dónde procedía aquella voz oculta que le hacía pronunciar palabras inesperadas?

—¿Una mujer?—gruñó Bu-Djema. —¿Qué entiendes tú de eso, chacal?

Y el látigo cruzó las piernas de Cheij Khan, quien impávido como una estatua, aguantó los dos latigazos. Pero algo en su mirada no gustó a Bu-Djema que se dirigió hacia la hoguera abandonando por el instante el castigo.

Yolda entró en la carreta tras de Cheij Khan, que fué a sentarse en el taburete que daba frente a las jaulas.

—Gracias. Cheij Khan. Y no bebas...., No bebas el líquido de calor que te da Bu-Djema cada siete días. Lo bebiste anoche y es extraño que ahora te hayas rebelado.

—Anoche no bebí. No me lo trajo padre Bu-Djema.

—No lo bebas, Cheij Khan. Es narcótico... Yo he adivinado la maldad de Bu-Djema. Quiere venderme, y a ti te esclaviza. ¿No sientes después de beber el caliente líquido que tus venas se calman?

—Padre Bu-Djema me lo da para mi bien. Él mismo me lo dijo. No vuelvas a calumniar a padre Bu-Djema.

—No bebas, Cheij Khan, no bebas.

Y repitiendo aquella frase abandonó Yolda la carreta, temblorosa, y acariciándose los miembros doloridos. Poco después entraba Bu-Djema portando la escudilla humeante.

Cheij Khan la aplicó a sus labios y bebió el escaso pero poderoso narcótico. Bu-Djema, sin comentarios, abandonó la carreta y apenas hubo él salido, Cheij Khan vació su boca donde había retenido el brebaje.

El líquido humeó en el suelo junto al chacal, que lo olió receloso. Retrocedió rechinando los dientes...

El hijo del Pirata Negro arqueó las cejas, y fueron sonando en sus oídos las frases recientes de Yolda. Pero cuando media hora

después vino a verle Bu-Djema, Cheij Khan le miró con su habitual expresión soñadora.

—Yolda se separará de nosotros, Cheij Khan. Tú sólo atraes a la muchedumbre de infieles. Iremos a Londres, Cheij Khan. Es una gran ciudad, y te gustará, Cheij Khan.

El joven asentía dócilmente, y Bu-Djema marchóse tranquilizado. Habíase ya disipado el conato de rebelión, pero en lo sucesivo, le daría la dosis de narcótico cada cinco días.

* * *

Al mediodía un lacayo vino a advertir a Bu-Djema de que el caballero inglés del "Mesón del Gallo Rojo" deseaba verle para que ultimaran los detalles de su trato verbal.

Partió Bu-Djema después de encerrar en sus carretas a los dos acróbatas y no hacía dos minutos que se había internado en el páramo camino de la ciudad, cuando Hart Mulliner apareció junto a la carreta ocupada por Cheij Khan que en la ventana asomaba el rostro, mirando absorto a la lejanía.

—Buenos días Cheij Khan—saludó en español, Hart Mulliner.

El corsario inglés había sobrevivido a muchas peleas sangrientas porque tenía un gran dominio de sus impulsos. En aquellos mismos instantes la visión del rostro del que era hijo de su más mortal enemigo, le producía íntimamente deseos de estrangularlo, pero su semblante era impecablemente un compendio de amable indiferencia.

Cheij Khan guardó silencio, aunque por hábito, su diestra tocó su frente, y poco después sus labios, en el saludo árabe.

—Si tú no le repitieras a Bu-Djema lo que yo te diría, podría darte noticias de tu padre, Cheij Khan.

Los ojos de Carlos Lezama adquirieron una repentina vitalidad, pero continuó en silencio.

—Tu padre era un arrogante árabe, Cheij Khan, y tu madre una bella española.

—Me lo dijo ya padre Bu-Djema—replicó roncamente Cheij Khan.

—Sí... pero no sabes que ellos dos murieron asesinados alevosamente.

—¿Asesinados alevosamente? — repitió Cheij Khan. Y su rostro denotaba que no comprendía el significado de aquellas dos palabras

dicha en correcto español.

—Un hombre los pasó a filo de cuchillo— fué mintiendo Mulliner que seguía paso a paso su propósito. —Le ayudaba un cómplice. Yo en su día te diré quién era el principal autor de las dos muertes de tu padre y de tu madre. Está lejos. Tendríamos que ir por España para hallar su pista. Pero el nombré del cómplice podría decírtelo ahora. No te lo digo, porque no tengo confianza en ti.

—¿Quién eres tú, hombre siniestro? ¿pupila azul?

—Fui amigo de tu padre. Muy amigo.

—Por Alá, que todo lo ve y oye juro sobre las cenizas de mis padres no revelar a Bu-Djema cuanto me digas.

—Esta noche cuando termine el espectáculo, vendré a decirte quién fue el que ayudó a matar a tus padres. Hasta entonces, Cheij Khan.

Alejóse Hart Mulliner, y en su ventana Cheij Khan sumióse de nuevo en absorta contemplación del paisaje. Poco después vió el caballo montado por el que acababa de hablarle tomar a todo galope senda opuesta a la seguida a pie por Bu-Djema.

Pero cuando éste llegó al mesón del “Gallo Rojo”, Hart Mulliner en mangas de camisa aguardaba ya en su aposento ante una botella de *brandy*. Esta vez, Bu-Djema no aceptó la invitación a beber.

Aceptó en cambio ponerse en camino hacia Londres cinco días después,

Y se despidió de Hart Mulliner, que aseguró pasaría a servirle de guía cinco días después.

* * *

Eran ya las dos de la madrugada cuando una sombra cautelosa vino a detenerse junto a la ventana donde Cheij Khan enmarcaba el rostro. Era una abertura que incapacitaba todo escape.

Hart Mulliner bisbiseó:

—Soy yo, Cheij Khan. El que fué amigo de tu padre.

—¿Cuál es el nombre que me tenías que revelar?

—Aún es pronto, Cheij Khan. Podrías desear dar muerte pronta al malvado y serías ahorcado. Yo te lo diré cuando no corras peligro.

—Dímelo ahora si fuiste amigo del autor de mis días.

—Bu-Djema.

En el semblante de Cheij Khan dibujóse la silenciosa risa que ya

conocía Hart Mulliner. Separóse éste unos pasos, hundiéndose en la sombra, cuando lo que al principio era una tenue risa, fué convirtiéndose en carcajadas de creciente sonoridad...

De la carreta vecina brotó una vacilante luz. Bu-Djema, sosteniendo en alto una linterna se aproximó al hueco de la ventana de donde procedía la escalofriante risa.

—¿Qué haces aquí, Cheij Khan?— preguntó asombrado desde el suelo alzando su linterna e iluminando el semblante del hijo del Pirata Negro.

Cesó la risotada, y volvieron a ser soñadores los negros ojos.

—Pensaba, padre Bu-Djema, pensaba.

—Hora es de dormir. Los humos que tienes en el cerebro te dan ribetes de locura. Vete a dormir, Cheij Khan, que tu risa altera a tus fieras.

Desapareció el semblante de Cheij Khan y regresó después de unos instantes.

Bu-Djema se dirigió a su carreta, pero a medio camino ya, proyectó bruscamente 1a luz de la linterna contra el propio tabique de su carreta, iluminando el asustado semblante de Yolda.

—¡A tu lecho, tizón del infierno, excremento del diablo!

Y rezongando peores injurias alejóse Bu-Djema hasta penetrar en su compartimiento.

Minutos después Hart Mulliner volvía junto a la pequeña ventanilla y susurraba:

—Volveré a visitarte, Cheij Khan. Pero sé prudente. No des muerte a Bu-Djema, el maldito asesino, hasta que yo te advierta. En el poblado saben que no partiréis hasta dentro de cuatro días. Si te fueras antes, te matarían como autor de la justa muerte de Bu-Djema.

—¿Por qué habrían de darme muerte si vengo la muerte de mis padres?

—Eres un niño y no conoces el mundo, Cheij Khan.

—Tú eres un caballero y podrías enseñarme. Vistes como los grandes caballeros y luces espada. Eres mi amigo porque lo fuiste del autor de mis días. Quiero ser tu amigo obediente, aunque seas de otra raza. Por Alá, que todo lo ve y oye, te juro amistad. Dime tu nombre.

—Puedes llamarme el caballero Mulliner. Pero nada de cuanto

hablamos debes decirlo a Bu-Djema, porque te daría brebaje adormilante.

—¿Sabes tú también esto? Me lo advirtió ya Yolda. Ella sola y “Karls” son mis amigos. Eran al menos mis únicos amigos hasta que tú llegaste, Caballero Mulliner.

—¿Les tienes mucho cariño a Yolda la negra y a ““Karls”, el chacal?

—Hasta hoy han sido mis únicos cariños.

—¿Y tus padres?

—No los recuerdo, pero está escrito que deben quererse, respetar su memoria, y vengarles. Bu-Djema morirá cuando tú me lo órdenes.

—Hasta pronto, Cheij Khan. Volveré. Debo irme no sea que el maldito asesino reaparezca. Hasta pronto, Cheij Khan.

* * *

Cuatro días después, al anochecer, fué almacenando Bu-Djema ayudado por Cheij Khan y Yolda los enseres con los que en pocos instantes erigía el tinglado para las representaciones.

Terminada la labor, Bu-Djema anunció:

—Dos caballeros vendrán esta noche. Uno es el que tú debes acompañar como esclava, Yolda. Después tú y yo, Cheij Khan, partiremos hacia Londres. Ahora ven, que debo encerrarte para que duermas hasta el momento en que conducirás la carreta.

Cheij Khan quedó encerrado. Oyó los gemidos y los gritos de Yolda, que bajo los latigazos de Bu-Djema lanzaba en voz alta su protesta, afirmando que no quería abandonar la caravana...

De pronto reinó el silencio. Cheij Khan pensó que Yolda había cesado de rebelarse.

* * *

Hart Mulliner sabía deslizarse por las sombras. Contempló cómo Bu-Djema azotaba cruelmente a la pobre “haussa”, y siguió deslizándose hasta que, llegando silenciosamente, asió el cuello del árabe por la espalda, y de un vigoroso puñetazo lo derribó sin sentido.

La inesperada ayuda no hizo más que aumentar el pavor de Yolda. Creía que el inglés era el que la había comprado y su siniestro guiño y su malévolo rictus la hicieron arrastrarse por el

suelo de la carreta, retrocediendo anhelante la respiración.

Avanzó Mulliner y desenvainando su espada atravesó por tres veces el hombro izquierdo de Yolda a la altura del corazón. Con el acero sangriento en la diestra aguardó a que cesaran los espasmos agónicos de la infeliz “haussa” y limpió entonces la hoja en las vestiduras del inconsciente Bu-Djema. Le quitó de debajo el cinto un agudo puñal, de mango cincelado.

Oyó a lo lejos el repicar de unos cascos de caballo acercándose y salió de la carreta ocultándose tras ella.

No pudo ver el semblante asustado con el que el antiguo marino que venía a entregar el precio convenido retrocedía preso de pánico al contemplar la sangrienta escena, para salir dando trompicones y a todo correr, volver a montar su caballo desapareciendo a todo galope.

Pero en cambio, Hart Mulliner oculto en las sombras, deslizóse hasta llegar junto a la carreta donde tendido en su camastro dormitaba Cheij Khan, aguardando la llamada del caballero Mulliner.

Una linterna iluminaba el espacio destinado a las tres jaulas. Hart Mulliner lanzó un agudo cuchillo...

Oyóse un aullido escalofriante. Hart Mulliner estaba al otro lado de la carreta. En el interior de ésta Cheij Khan repentinamente alarmado despertóse de su duermevela, para contemplar desorbitado la agonía de "Karls” atravesado el cuello por la aguda daga perteneciente a Bu-Djema.

Abalanzándose locamente a la jaula y entrando en ella, se arrodilló abrazando el mixto de lobo y zorro que caídos los párpados, sangraba degollado.

Una risa silenciosa distendió las facciones de Cheij Khan... Estalló en carcajadas y por último salió de su garganta un terrible lamento que tenía la misma resonancia que el aullido del chacal.

—Cheij Khan... Cheij Khan...

Al oír la voz de Hart Mulliner levantóse Cheij Khan llevando en brazos el cuerpo muerto del chacal. Se aproximó a la ventana.

—Ten cuidado, Cheij Khan. Hora es de vengar a tus padres, pero Bu Djema está bajo la influencia de licor de blancos. Lo he visto correr hacia aquí con un puñal sangriento en la mano. ¿Te hirió?

Cheij Khan no contestó. Dejó en el suelo el cadáver del chacal y

sus dos manos asieron la estrecha abertura por la que entraba aire en 1a fétida carreta, oliendo a pelaje de fieras.

Arqueó los hombros, centellearararon sus ojos y la madera crujió como si fuera papel. Sus bíceps contraídos tenían la tendinosa apariencia de nervudos miembros de toro despellejado.

Y a través de las maderas que acababa de destrozar, apareció Cheij Khan llevando de nuevo en brazos a “Karls” cuya testa colgaba inerte.

Con el cadáver del chacal en brazos, riendo silenciosamente aunque de sus ojos brotaban lágrimas empezó a andar Cheij Khan dirigiéndose a la carreta de Bu-Djema.

No se veía a Hart Mulliner, que tras él andaba pisando leve.

Entró y lo primero que vió fué el cuerpo sangrante de Yolda. Inclinóse hasta que su cabeza se apoyó contra el seno perforado y desgarrado por la espada de Hart Mulliner

No oyó latido alguno. Volvió a enderezarse contraído el rostro. Brotó de su garganta de nuevo el salvaje aullido estremecedor.

En el suelo, tiznadas sus blancas vestiduras de sangre, agitóse



Avanzó Mulliner, y desenvainando su espada...

seminconsciente Bu-Djema. Sentóse y cuando vió la figura de Cheij Khan alzando en brazos el cadáver de “Karls”, en cuyo cuello estaba clavado un puñal, sintió Bu-Djema un repentino miedo...

Púsose en pie rápidamente llevándose la diestra al cinto. Había

adivinado un fulgor homicida en los ojos habitualmente soñadores de Cheij Khan.

—¡Toma tu cuchillo, asesino alevoso, que lo es quien mata a traición!—gritó ferozmente Cheij Khan, arrancando el arma del cuello de "Karls" y lanzándola a los pies de Bu-Djema. El chacal cayó al suelo produciendo un ruido fofo. Bu-Djema abalanzándose a recoger el cuchillo y con él en la diestra murmuró:

—¿Por qué me miras así, Cheij Khan? ¿Qué es la sangre que cubre tu cuello y tu pecho? ¿Quién dio muerte a "Karls"? ¿Y a Yolda?

—No habrá sitio para ti en el paraíso de Mahoma. Vas a morir, hijo del diablo.

—¡Estás loco, Cheij Khan ¡Auxilio, auxi...

La fortaleza sobrenatural que Bu-Djema había desarrollado en el adolescente, se desató como una fiera libertada después de largo cautiverio.

Hart Mulliner, acostumbrado a contemplar muchos espectáculos sangrientos, cerró no obstante por un instante, los ojos cuando los destrozados miembros de Bu-Djema chocaron por última vez contra las paredes del compartimento y deteniéndose en su arrollador ímpetu Cheij Khan lanzó de nuevo su alarido pavoroso, dilatadas las aletas nasales, y echada hacia atrás la cabeza como un chacal aullador.

Había contemplado con crítica aprobación el esguince de cintura, con el cual felinamente había Cheij Khan esquivado la puñalada de Bu-Djema enloquecido do miedo. También había admirado los elásticos músculos sobresalientes en tendinosas fibras, cada vez que asiendo al árabe lo lanzaba contra las maderas, para recogerlo por el cuello y reiterar el golpe.

Pero el propio Cheij Khan no se daba cuenta que sus manos estaban estrangulando al domador de Aljiuba.

Cayó Bu-Djema sin vida, destrozado, encima del cuerpo de "Karls". Sólo entonces habló Hart Mulliner, con voz incisiva aunque amable:

—Debemos irnos, Cheij Khan. Tienes que enterrar esos cuerpos.

—¿Enterrar?—preguntó él aun ausente, bajo el influjo de sus instintos tanto tiempo contenidos por el brebaje adormilador.

—Cubrirles de tierra. Nadie debe descubrir esos cadáveres. Te

achacarían las tres muertes y te colgarían de una cuerda hasta morir. Y tú has de vivir, Cheij Khan, para vengar la muerte de tu padre. Has de vivir para darle muerte atroz, al hombre que llegado el momento yo te señalaré.

—Tú eres mi amigo, caballero Mulliner.

—Lo que lamento es no haber podido evitar la última fechoría de Bu-Djema dando muerte a tu chacal.

—Pobre “Karls”. Era cariñoso. Decía ese... asesino alevoso, que yo me parecía a “Karls”... y me llamaba chacal.

—Pronto, Cheij Khan. Debemos hacer desaparecer toda huella de lo que ha ocurrido. Yo soy tu amigo. Te ayudaré.

Durante media hora cavó Cheij Khan las fosas dónde unidos quedaron los cuerpos de Yolda y “Karls”. Pero cuando Hart Mulliner le ordenó que fuera a recoger el cuerpo de Bu-Djema, el hijo del Pirata Negro pareció gruñir al replicar:

—No quiero manchar mis manos dando tierra a ese pasto de hienas, caballero Mulliner. No quiero.

Hart Mulliner no discutió. Fué él quien enterró al árabe que con toda su astucia no había podido presumir en Hart Mulliner un maquiavélico temperamento al servicio de una obsesionante venganza.

Una obsesionante venganza inigualable. Hart Mulliner había decidido dejar libres los instintos del hijo de Pirata Negro, para en su día, enfrentarlo con su padre, convertido en un depravado criminal carente de todo impulsó leal y noble.

Y pensando en el momento en que Cheij Khan oyera decirle que el Pirata Negro era el autor principal de la muerte de sus supuestos padres, Hart Mulliner sentíase temblar de anticipada fruición.

Cuando pisó la tierra que cubría el cadáver de Bu-Djema, contempló el mudo saludo, con el que llevándose la diestra a la frente, al corazón y a los labios, Cheij Khan despedíase para siempre de Yolda y “Karls”, sus dos únicos cariños de adolescente y sus únicos recuerdos presentes en su mente.

Al amanecer, por la carretera que conducía a Londres, dos caballos percherones arrastraban dos carretas, una de las cuales estaba unida a la primera donde en el pescante, Cheij Khan con arrogante expresión altiva, impregnada de tristeza, conducía.

Junto a las dos carretas, Hart Mulliner a caballo acompañaba al

que le consideraba su amigo consejero.

—Permaneceremos en Londres sólo un mes, Cheij Khan. Reuniremos dinero para viajar por España, la soleada tierra ardiente. Yo haré de ti un caballero. Serás Cheij Khan, algunas noches, pero durante el día vestirás ropas como las mías, porque no hay que despertar el recelo de los seres comunes que pueblan el mundo, vistiendo ropas que puedan desentonar. El caballero se conoce en que se viste con sencillez distinguida. La ropa hace mucho, Cheij Khan. Es el principal medio por el que se reconoce al caballero, si éste sabe ser taimado y finge aparentar las leyes y usos en boga.

—¿Taimado, leyes?

Cheij Khan preguntaba las palabras que no comprendía.

—Taimado es no demostrar lo que se siente, como tú hiciste con Bu-Djema. Leyes son palabras escritas que debemos aprender a burlar.

Y siguió hasta Londres, dando clases el corsario inglés.

Capítulo V

La vida placentera

—No habla una sola palabra de inglés. Tiene una presencia magnífica, distinguida, y causará una inolvidable sensación entre vuestros lechuguinos y sobre todo entre vuestras supuestas damas.

Hart Mulliner, paladeando un dulce de naranja, acababa de sentarse con los esposos Holden. Ella le escuchaba ávidamente; él con recelo.

—¿Si no habla una sola palabra d nuestro idioma, ¿cómo te entendiste con él?—preguntó Baliol Holden.

—Hablamos español. Es realmente un joven árabe.

—¿Qué edad tiene?—inquirió ella. —Unos dieciocho años—mintió Mulliner—. Es extremadamente apuesto y ten por seguro que se organizará una tómbola para sortearse entre las damas el derecho a ser besadas por Cheij Khan.

—¿Cuánto pide para actuar en nuestros salones? ¿Dónde está?

—Vayamos por partes. Hasta ayer lo representaba un viejo árabe, que ha tenido la desconsideración de trasladarse a la tumba. Ahora soy yo el que convertido en amigo de Cheij Khan, me he propuesto no sólo educarle, si no evitar que lo exploten. Le he visto en sus exhibiciones y os garantizo que atraerá al “todo Londres”. Pero si no queréis que otros más avispados y generosos lo empleen para organizar festejos, os recomiendo que lo contratéis por un mes. El plan es sencillo: la primera noche que actúe acudirán solamente, como siempre, vuestros gorrones para hartarse. Pero cuando lo hayan visto, ellos mismos se convertirán en espontáneos propagandistas. Cuando se sepa que Cheij Khan sólo actuará aquí, en vuestra casa y que dentro de un mes, sin exhibirse en ningún otro salón, partirá para viajar por España en mi compañía, os

aseguro que desfilará por vuestra casa todo lo más granado y selecto de la sociedad, siempre y cuando hagáis las cosas bien.

—¿Qué opinas, Bali-Bali?

—Hasta ahora me parece sensato cuanto dices—aprobó Holden, halagado con la idea de atraer por la curiosidad a los reacios a dejarse ver frecuentando la mansión de Clapham.

—Pero, si lo presentáis como un vulgar saltimbanqui, n conseguiréis lo que os proponéis. Insertad en la "*Gazette*" una participación diciendo que el joven caid árabe, Cheij Kan, en viaje de placer por Londres, se ha dignado ser huésped de los esposos Holden, en cuyo honor acepta por la amistad que a ellos le une, hacer unas demostraciones nunca vistas de juegos mágicos, con los que en Arabia los grandes jefes ponen respeto a sus seguidores. Daréis una cena de gala. En ella, vestido a la usanza arábiga, Cheij Khan no pronunciará una sola palabra, lo cual realzará la curiosidad que por él sentirán los demás. Como está habituado ya a ser indiferente a las ajenas miradas, su porte distinguido y altivo, acrecentará el respeto de los badulaques. Y después de su representación, cuando ya todos los asistentes lo supongan un verdadero salvaje, aparecerá vestido a nuestra usanza y entonces el pasmo será completo. Mi talento de psicólogo en reacciones del rebaño os ha de ser muy útil.

—¿Dónde está. Cheij Khan? Tráelo y que juzgue yo si es presentable.

—Cheij Khan está esperándome en un hostal. Vendrá a hospedarse aquí, si tú comprendes toda la importancia de hacer las cosas tal como te he dicho. Él y yo necesitamos dinero para emprender nuestro viaje a España.

—Cuánto?

—Por un mes de hospedaje, asistencia a cenas, en fin, por este tiempo de inmenso aburrimiento, pagarás mil guineas y dos pasajes hasta el puerto de Lisboa, en el barco de tu amigo el armador Pettigrew. Un precio de favor, Bali-Bali, en consideración a que eres mi inevitable cuñado. Me voy, para que no se impaciente Cheij Khan. Nos hospedamos en el "Bachelor's Inn". Allí puedes mandar aviso aceptando o negándote. Si no quieres seguir al pie de la letra iré a hacer el miento ofrecimiento a los Grundy-Highbrows.

La mención del apellido de sus rivales en la carrera social, alteró

la circulación sanguínea de Baliol Holden, que apenas se recuperó, sin necesidad de los argumentos a favor de la invitación a Cheij Khan que prodigaba Priscila, estaba ya garrapateando una esquela dando su aceptación a todo lo propuesto por Hart Mulliner y dió orden a un lacayo de que a toda prisa fuera a llevarla al "Bachelor´s Inn".



Cheij Khan, desde que al término del largo viaje por carretera había entrado en la amplia avenida que bordeaba el Támesis, entre los edificios achaparrados de grises paredes y los grandes arcos de los puestos, contemplaba con infantil curiosidad cuanto veía.

El sólido cofre donde Bu-Djema guardaba el dinero, fué reventado por Hart Mulliner y por eso, cuando el mesonero del "Bachelor's Inn" hizo objeciones ante la inusitada petición de albergar en sus establos un tigre y un león, las acalló Mulliner prontamente exhibiendo relucientes guineas de oro.

Cheij Khan, como un niño que anda extraviado en un país de Maravillas, extasióse contemplando lo que se le antojaba lujoso, al ver los tapices y el mobiliario de roble del aposento del mesón en que se alojaron.

La blandura del lecho, las sábanas, la ausencia de malos olores, todo eran novedades para el que, como únicos recuerdos, tenía los de un subterráneo y el cuartucho obscuro de un edificio que se movía sobre una superficie líquida infinita y por fin la carreta.

Pero no aceptó ninguno de los platos que el criado vino a colocar en la mesa. Exigió la única comida a la cual su paladar estaba acostumbrado y Hart Mulliner tradujo al inglés, pidiendo carne cruda, "para las fieras", miel, dátiles y agua.

A media mañana siguiente, Cheij Khan dormía profundamente, cuando entró Hart Mulliner acompañado de un endeble pisaverde dotado de grandes anteojos, que al levantarse Cheij Khan de la cama, luciendo tan sólo los largos pantalones árabes atados al tobillo, exclamó asombrado:

—¡Vuestro amigo es un caballero magníficamente proporcionado, señor! Os ruego que comuniquéis a vuestras amistades, que yo, el sastre Savile, he sido quien le ha vestido.

—Este hombre —dijo en español Mulliner—tomará tus medidas, Cheij Khan. Es sastre, el mejor sastre de Londres y te proporcionará

vestidos como los míos y también ropas cortadas a la moda de tu tierra, pero ropas suntuosas de verdadero jefe árabe.

Dócilmente, se prestó Cheij Khan a las manipulaciones de Savile. De vez en cuando, Hart Mulliner hacía un comentario:

—Una gran capa amarilla con revés azul, Savile. Que le llegue hasta los pies. Unas babuchas de tafilete rojo. Un turbante blanco con una media luna de pedrería. Y jubón ceñido rojo, con calzas largas azules. De este modelo haréis tres iguales. En cuanto a ropa decente, cortadle cinco atuendos distintos, sobrios. Telas de las mejores, chambergos y tricornios. Cheij Khan estará un mes en Londres. Constituirá para vos la mejor de las clientelas.

Cuando Savile se hubo marchado con la promesa de entregar a las siete de la tarde los dos primeros trajes, Cheij Khan se asomó a la ventana.

El tráfico de carrozas, los paseantes, las sombrillas de las elegantes, los arrumacos de los cortesanos, 1e causaron una especie de embriaguez. Le parecía como si hasta entonces hubiera vivido en tinieblas y el pálido sol de mayo disipando las brumas londinenses, se le antojaba un fulgente astro que comunicaba ardor a sus venas.

Hart Mulliner recibió de manos del lacayo de los Holden la notificación de que era aceptada su proposición Pero su espíritu artero, más que por afán de lucro, por sádico regocijo de amargado rencoroso, que envidiaba la felicidad de Baliol Holden y la virtuosa riqueza de su hermana, le dictó una mentira bajo las líneas escritas por Baliol Holden:

"Los Grand— Highbrow, a los que acabo de visitar, me ofrecen tres mil guineas. Pero por afecto familiar te guardo la preferencia, Envía como paga y señal mil guineas, y tendrás el honor de albergarnos a Cheij Khan y y a mí."

Su guiño sempiterno se acentuó cuando, habiéndose marchado el lacayo, sentóse junto a la ventana y frente a Cheij Khan.

—Empieza la vida placentera, Cheij Khan. Estaremos un mes alojados en mi gran palacio, donde conocerás a las más altas personalidades de la capital. Esta noche te presentaré a un caballero gordo y a una mujer joven. Cuando llegue el momento te diré lo que con ambos debe hacer un caballero. ¿Me prestas atención?

—Mis oídos absorben cuanto dices como la esponja bebe el agua.

—Te enseñaré el manejo de la espada. Para sobrevivir hay que matar, Cheij Khan. Pero para ser caballero hay que moderarse, reprimirse aparentemente. Has de ser un chacal… sí, un chacal, mezclando la impetuosidad privada del lobo con la aparente docilidad del zorro amaestrado. Que tus ojos nunca digan lo que sientes. Que sean acariciantes, buenos, soñadores, porque así la Naturaleza te ha dotado, que tu aspecto es encantador. En tus momentos de cólera, si estás ante gente, haz gala de toda la ternura y dominio de ti mismo que tendría un chacal recién capturado, fiero, al morder en privado, muerde con toda la admirable precisión de la fiera que en ti anida, y que está oculto en todo hombre. Son infelices los que no dejan libres sus instintos, Cheij Khan. Pero debemos respetar las leyes impuestas por la sociedad y fingir acatarlas. Si vistes adecuadamente, sin notas extravagantes, con distinción, ya tienes dado el primer paso, que es el más difícil. La sociedad te considerará con benevolencia, y te admitirá, si puedes gastar oro, si sabes hablar con mesura, sin mostrar opiniones que desentonen, y si haces de la cortesía una religión. Pero también debes aprender el arte de mentir con plena sinceridad, sonriendo al que luego estrangularás. La vida es un campo de combate donde siempre pierden los ingenuos honestos que quieren pelear a rostro descubierto. Y, por encima de todo, observa cuanto a tu alrededor se diga y haga, marcando en la frente la idea de que todo es pantomima y que asistes a la farándula.

—No entiendo tu lengua racial, caballero Mulliner.

—Te la enseñaré, o, mejor dicho, como mi hermana, por haber conocido a muchos hombres de mar, chapurrea español, ella te enseñará.

—¿Quién es tu hermana?

—La mujer en cuya casa vas a hacer el aprendizaje necesario para nuestro fin, que es el viaje a España tras la pista del hombre del cual debías vengarte. Allí verás desfilar a todos los actores de la farándula social: la escena y diálogo serán perfectos, los caracteres soberbios, y sólo en muy raras ocasiones habrá cierto exceso de mal tono en los papeles secundarios. Recuérdalo siempre: todo es pantomima, y no hay más que una verdad: la vida placentera, coger lo que nos apetece y no dejarnos nunca coger…

Por espacio de horas siguió hablando Hart Mulliner, repitiendo

frases cínicas para dejarlas grabadas en la mente infantil de su discípulo.

Pero por más ciencia mundana que tuviera Hart Mulliner, por más maldad de fracasado vengativo que su cerebro criminal albergara, no sabía que estaba colocando los cimientos de su propia muerte.

La salvaje sangre noble de la zíngara Karmi, madre de su discípulo fortuito, en fusión de ardiente amor apasionado con la generosidad caballeresca del Pirata Negro, creaban una latente vitalidad en el alma de Cheij Khan, que esporádicamente aparecía, en momentos inesperados, con pujanza indómita, imponiéndose a la semilla de mal que sembraba Hart Mulliner.

A media tarde llegó un lacayo portador de mil guineas. Baliol Holden manifestaba su ansiedad por recibir ya a sus huéspedes de honor, y pedía confirmación para poder insertar en la *Gazette* la anhelada nota.

A las ocho de la noche envió su más lujosa carroza, con dos lacayos de suntuosa librea, y otros dos que se hicieron cargo de trasladar las dos carretas a las caballerizas de la mansión de Clapham.

El exótico personaje que subió en compañía de Hart Mulliner al interior de la carroza tenía toda la prestancia arrogante de un caíd árabe arrancado de la más vistosa lámina de las leyendas moriscas.

El propio Baliol Holden, decidido a no dejarse impresionar, no pudo, sin embargo, reprimir una exclamación de grato asombro al ver la alta silueta, con la flotante capa amarilla, subir por las escaleras de mármol, con empaque y dignidad naturales.

El jubón rojo, la tela azul de los largos pantalones, las babuchas rojas, y el ceñido turbante blanco, conferían una majestuosidad y atractivo inigualables al adolescente que, teniendo sólo trece años, semejaba un reflexivo joven soñador, al inclinarse en saludo árabe ante la mano tendida de Priscila Holden. que no tocó, y ante la diestra de Baliol Holden, que también dejó sin rozar.

—¡Maravilloso! ¡Encantador!... — aprobó Priscila Mulliner—. ¡Qué lástima que no pueda hablar como nosotros!

Cheij Khan, con su aire ausente de dignidad indiferente, vivía, sin embargo, un instante intenso. La aparatosa riqueza de cuanto estaba viendo, el brillante suelo encerado, las rutilantes platas de

los candelabros, los álgidos fulgores de los terciopelos, la delicada figura de los muebles, cuanto le rodeaba le daba a entender que estaba empezando a adiestrarse en el arte de “la vida placentera”.

Pero si bien observaba todo con interna complacencia, su apuesto semblante no denotaba la menor curiosidad. Y para su mente infantil de chiquillo peleador que ignoraba lo que era una mujer, la belleza de Priscila Mulliner no era más que un agradable espectáculo que no le producía emoción alguna de índole sensual.

—Puedes intentar demostrar tus conocimientos de español. Priscila—invitó Mulliner—. Cheij Khan habla español. Es su segunda lengua.

Ella sonrió azarada, pero, tras unos instantes de reflexión, preguntó, mirando amablemente al joven visitante:

—¿Os gusta nuestra ciudad, Cheij Khan?

—Sólo al atravesar estos jardines y entrar en tu casa, he comprendido que la belleza de la ciudad no existe, vencida por la hermosura de tu casa y la fragancia de tus jardines.

Era una de las frases que le había enseñado Hart Mulliner. Priscila intentó traducir lo mejor posible la halagadora frase, y Baliol Holden, satisfecho, decretó que indudablemente aquel fascinador “sujeto” era un gran jefe árabe, que, pese a su juventud sabría con su exquisita cortesía silenciosa rellenar la “laguna deplorable” de su desconocimiento del universal idioma inglés.

—Pero ya que no basta su presencia, ruégale tú misma, Priscila, que tenga a bien hacernos una privada demostración de sus facultades.

—Mi esposo, Cheij Khan, suplica te dignes para nosotros efectuar demostraciones de tus artes.

En los jardines iluminados por las antorchas y linternas, Cheij Khan, cuando se hubieron instalado en sillones los esposos Holden, quitóse, lentamente la capa, el turbante y el jubón.

Cuando, sin más armas que un corto látigo, entró en la gran jaula donde el tigre rugía pidiendo su comida, Priscila cerró los ojos, y Baliol Holden, boquiabierto, pensó en que iba a perder las mil guineas de anticipo.

Abrió un instante los ojos Priscila y fué en el preciso momento en que Cheij Khan introducía su cabeza en las abiertas fauces del tigre, sosteniéndole las dentadas sierras colmilludas con las dos

manos.

Aspiró ella su frasquito de sales durante todo el tiempo en que tuvieron lugar los arriesgados ejercicios del domador, que con difícil facilidad parecía ser una fiera más entre dos fieras.

Los ejercicios con las teas llameantes, espectaculares e impresionantes, no hicieron estremecerse a la sensible inglesa. Pero las contorsiones, los saltos mortales y la demoníaca elasticidad inverosímil del atlético cuerpo esbelto, la produjeron encontradas emociones...

Al revestir de nuevo su jubón y su ropa, después de haber levantado en peso la jaula conteniendo el león sobre sus hombros, Cheij Khan, reposadamente, vino a saludar a los dos esposos.

La mirada de Baliol Holden delataba el inmenso estupor que le dominaba, y que expresó en inglés:

—Este brujo posee algún secreto. Es imposible que no tenga algún artilugio oculto para lograr levantar pesos tan voluminosos, teniendo, como, tiene, los huesos tan flexibles. ¡Hay truco, pero es maravilloso!

—No hay truco alguno, Bali-Bali— comentó Hart Mulliner, desdeñoso—. Cheij Khan es una fuerza natural, selvática, y pobre del que se convierta en su enemigo. Aullaría como un chacal, mordiendo y desgarrando...

—Impresiona verle silencioso, distraído, como si no estuviéramos presentes—dijo Priscila, en inglés—. Pero, indudablemente, constituirá un gran atractivo, que atraerá a todo Londres.

Cuando, media hora después, bajó Cheij Khan de las habitaciones que compartía con Mulliner, una nueva sorpresa aguardaba a los esposos Holden.

Era un joven elegante londinense el que, vestido con suprema distinción, bajaba por las escaleras. A no ser por sus negros ojos y cabellos, hubiera resultado difícil reconocer en el esbelto gentleman de casaca azul bordada en negro, calzas de color azul más obscuro y viriles botas mosqueteras, al poderoso atleta que izaba sin esfuerzo un centenar de kilos y domaba no sólo les instintos de las dos fieras, sino las leyes de la gravitación humana describiendo saltos prodigiosos.

—¡Maravilloso! ¡Terriblemente imponente! —extasióse, ya

tranquilizado, Baliol Holden. Y hasta le pareció un atractivo más el gesto con el que Cheij Khan rechazó con sonrisa amable cuantos manjares le fueron ofrecidos, al igual que los vinos generosos, limitándose a comer unos dátiles, miel y beber unos sorbos de agua.

—Trata mal a tu estómago y él te tratará bien—comentó Hart Mulliner. —Recuerda esta máxima, glotón, y aplícala a tu mujer.'

Baliol Holden estaba de buen humor, y no se dignó recoger la sarcástica alusión de su cuñado. Los días siguientes los pasó atareado componiendo las listas de invitaciones y la nota para insertar a diario en la *Gazette*.

En el jardín, ataviado con los vestidos europeos proporcionados por Savile, Cheij Khan acompañaba con frecuencia a Priscila, la cual reía gozosa al actuar de profesora enseñando inglés al joven árabe:

—Es un niño— comentaba luego, a solas con su marido—. No sabe nada de nada. Pregunta cosas muy graciosas. Su aspecto es de hombre, pero sus pensamientos son los de un niño de escasos siete años. Me resulta altamente simpático. ¿Y a ti, cariño?

—También—dijo sinceramente Baliol—. Es correcto y se comporta como un caballero.

Pero Hart Mulliner había leído a Shakespeare, y se dispuso a desempeñar el papel de Yago. Aunque Baliol no tuviera nada de la oriental disposición celosa de Otelo, era Priscila una inconsciente Desdémona...

En ocasión en que, por las umbrías alamedas del jardín oíanse las risas de Priscila, su hermano entró en el despacho donde Baliol Holden escribía personalmente las invitaciones para la cena del próximo viernes.

—Mucho se divierte tu esposa.

—Cheij Khan es ameno, y sus preguntas inocentes divierten a Priscila.

—Cheij Khan es encantador. ¿Has pensado que su figura, su prestancia y su juventud harán brincar alborotados todos los corazones femeninos?

—Es muy posible. Tiene planta, gallardía y varonil, atractivo.

—Dice Priscila que nunca vió a un hombre con más poder seductor en la mirada. Un poder milagroso, porque no es el fatuo mirar de un perverso conquistador, sino una mirada intensa de romanticismo oculto, virgen, e inexplorado.

—Tengo trabajo, Mulliner.

Marchóse Mulliner, pero no le pasó desapercibido el frunce del entrecejo del rollizo mercader. Baliol Holden no sospechaba de su esposa. La sabía fiel y por encima de toda coquetería. Pero... Cheij Khan no era el tipo de conquistador al que su esposa estaba acostumbrada y se asentaron los malos pensamientos que había vertido Hart Mulliner.

En el jardín sentóse Priscila, y a su invitación lo hizo Cheij Khan a su lado. Seguía aún ella riendo, y la sonrisa de Cheij Khan daba a entender que consideraba a la mujer como un enigmático ser propenso a alegrías irrazonables.

—¿De modo, amigo mío, que no sabes lo que es amor?

—Amor es respeto a los padres... Amor es tener cariño a mi tigre, a mi león, a mi estómago, a mis músculos, y eso es amor.

—¡Oh, no! Veamos, Cheij Khan... ¿Tú no has tenido nunca prometida?

—¿Prometida?

—Una dama a la cual decirle ternezas, que ella comparta.

—¿Ternezas?

—Es imposible, Cheij Khan. Yo creo que tú te burlas de mí.

—Por Alá, que todo lo ve y oye, te juro que no hago burla—dijo él, con seriedad y grave entonación.

—Alguna que otra vez tú habrás visto alguna dama que te habrá..., no sé cómo hacértelo comprender..., una dama que al verla habrás sentido acelerarse los latidos de tu corazón, deseando aprisionar sus manos entre las tuyas y oír de sus labios dulces palabras.

—El caballero Mulliner no me ha instruido en este arte. Es preciso amar para ser un perfecto caballero?

Volvió ella a reír con honda diversión. Se puso en pie al oír la voz de Baliol llamándola.

—Volveré cuando pueda, Cheij Khan. Hasta después.

Quedóse poco tiempo a solas el hijo del Pirata Negro. Hart Mulliner vino a sentarse junto a él.

—Es hermosa Priscila. Todos los caballeros de Londres la pretenden de amores, anhelando sus caricias.

—Mi chacal me pertenecía y ningún caballero hubiese intentado acariciarlo. No son, pues, caballeros los que, siendo ella mujer

perteneciendo a hombre con unión sagrada, anhelan domarla. Es hermosa, pero más me gustaba “Karls”. Esta ríe demasiado, mueve con exceso los párpados y su semblante no sabe estar quieto. Pero es buena, porque no hay en sus ojos desvíos.

—¿Dónde aprendes esas cosas, chacal?—sonrió aviesamente Mulliner

—Mucho he pensado, y aquí—golpease el pecho Cheij Khan—hay una voz que de vez en cuando me dicta palabras que mis labios no sabría pronunciar.

—Es voz que no debes escuchar. Te engañará, y te sumirá en tristeza. Tú has domado fieras, Cheij Khan, pero podrás domar cuantas mujeres te propongas si desoyes la voz oculta.

—No quiero domar mujeres. Son animales que siempre ríen, cantan o lloran. Recuerdo a Yolda…, y a veces, muy lejos, muy lejos, en mi pensamiento percibo una mujer de poca talla con la que yo jugaba muy gustoso porque sabía pelear… Pero—y se pasó la mano por la frente—debe ser una pesadilla.

—Atiende a las realidades, Cheij Khan. Cuando estés a solas con Priscila, coge su mano y aplica en ella, tus labios, diciendo: “Ardo en amores por ti, bella mujer de otra raza”.

—No haré eso porque no me gusta. Mis labios me fueron dados para comer y hablar. Para nada más. No insistas, caballero Mulliner. Nunca besé a mi chacal, y le quería con gran amor. Pídeme otra cosa… ¡Qué sé yo! Matar a uno que te ofenda, derribar los obstáculos que a tu paso se opongan. ¿Cuándo me das la tercera lección de espada? Eso sí que me gusta mucho. Tengo amor a la espada. Mucho amor.

Encogiéndose de hombros, Hart Mulliner no insistió. Había instantes en que los aterciopelados ojos negros de su discípulo tenían fulgores extraños. Y también era extraña la facilidad con la que asimilaba sus lecciones de esgrima. La achacó a su progenitor, y, pensando en el momento en que podría enfrentarlo con el temible Pirata Negro, prodigaba cuanto dominio tenía del arte de esgrima.

Llegó la noche del viernes, y una numerosa concurrencia pobló los salones y los jardines de la mansión de los Holden. Fue unánime la aprobación maravillada que suscitó la exhibición de Cheij Khan.

Pero hubo contrarias opiniones cuando Cheij Khan, a la hora de

la cena, apareció vistiendo a la europea. Ellos repitieron con desdén las palabras “titiritero”, “volatinero salvaje", para tratar inútilmente de contrarrestar las halagadoras miradas que las más prudentes velaban con el borde de sus abanicos, pero muchas otras prendadas en el poder de seducción que emanaba de la figura del supuesto árabe, miraban sin disimulo al que, acompañado por Baliol Holden, iba desfilando por entre los grupos, saludando a la usanza árabe, cada vez que Baliol deteníase ante un grupo.

Y estalló incontenible la risa de Priscila cuando Cheij Khan, estando un momento con ella, preguntó, intrigado:

—¿Por qué ellos, los caballeros, me miran enojados, y ellas, las damas, me contemplan con tanta amabilidad?

—Un día lo sabrás, Cheij Khan, pero yo no quiero revelártelo. Te prefiero así, ingenuo y honradamente niño.

—No soy ningún niño, bella mujer de otra raza—rezongó Cheij Khan—. Ponme a prueba y lo verás.

—¿Cómo... cómo dices?..—balbució ella, sonrojándose y asustada.

—¡Sí! Dime a cuál de esos hombres odias, y pelearé contra tres de ellos, manos desnudas. Muchas veces lo he hecho con mi tigre y le he vencido. Ponme a prueba y verás como no soy ningún niño. ¡Soy un hombre... todo un hombre de pelo en pecho! ¡Un jabato!...

Extrañado se interrumpió Cheij • Khan... ¿Aquellas palabras?



—*No soy ningún niño, bella mujer de otra raza...*

No lograba recordar dónde las había oído... Pero su infantil furor aplacó la zozobra de Priscila, que, volviendo a reír cariñosamente, colocó su diestra encima del antebrazo que bajo la tela tenía dureza de roca.

—No te enojes, amigo mío. No odio a ningún hombre, y no quiero que pelees. No eres un niño. Eres un hombre como no hay otro.

—Te agradezco que lo reconozcas bella mujer de otra raza— replicó seriamente Cheij Khan.

—¿Por qué me llamas así?

—Dijo el caballero Mulliner que eso te halagaría. Dijo también que besara tu mano. Pero no me gusta besar tu mano. Ríes demasiado, mueves los párpados con exceso y no sirves para pelear conmigo. Te destrozaría con sólo juntar mis brazos alrededor de tu talle y presionar. Nunca pelearemos, pero cuenta conmigo si alguien te ofende. Me gustan tus ojos azules, porque en mis pesadillas había instantes en que me sentía libre de miedos, evocando unos ojos

como los tuyos.

—Tengo… tengo que acudir a otros sitios, Cheij Khan. —íntimamente perpleja, marchóse Priscila. ¿Era en realidad tan ingenuo el joven acróbata o había en sus palabras sabia candidez venenosa?

Pero había decidido reprochar a Hart Mulliner sus “consejos", aunque en el transcurso de la cena meditó una solución mejor, que expuso cuando ya, habiéndose ido todos los invitados haciendo cálidos elogios de la recepción y del enigmático árabe silencioso que “a todas luces veíase que era un gran jefe árabe”, encontróse, ella a solas con su esposo.

—Ha sido un éxito, Priscila. Ya no pongo en duda que a nuestra próxima fiesta acudirán cuantos invitemos, hasta el propio Archie Claretown.

—Acudirá. Pero quiero pedirte un favor.

—Concedido de antemano.

—Cuando termine esta segunda fiesta, dale el dinero a Hart, y que ambos se vayan de nuestra casa.

—Hablas muy seria, Priscila. ¿Puedes explicarme el porqué de esta decisión?

—Hart es mi hermano y le aprecio, pero su vida ha sido agitada. Ahora tiene excentricidades que pondrían en peligro nuestra dicha. Cheij Khan es un niño sin despertar. Será temible cuando, mal aconsejado, su fiereza abra los ojos. Y tengo miedo de él, no por él mismo, sino por los consejos de Hart.

—Que se disipen tus temores—dijo Baliol, extasiado—. Admiro tu sensatez, Priscila, y haré cuanto me digas. En resumen, Cheij Khan nos servirá para atraer a Archibald Claretown, y, conseguido éste, nos basta. La casa en la que Archie se presente aceptando la invitación, tiene ya lustre definido.



Hart Mulliner, antes de pasar a su alcoba, estuvo unos instantes en la de Cheij Khan, donde éste, ya bostezando, se internó entre las sedosas sábanas.

—Viste ya la primera farsa, Cheij Khan. Todos ellos mintiéndose cortésmente. Pero ahora conocerás otro mundo: el de los bajos fondos. Quiero que te adiestres en la pelea contra hombres que saben de los mil recursos de la acometida traidora.

—Eso me gustará. Recordaré las peleas que sostenía con "Karls" y adiestrado estoy en lides traidoras ¿O crees, acaso, que los zarpazos de mi tigre y los brincos de mi león no son la mejor enseñanza? Y ahora, déjame, caballero Mulliner. Tengo sueño y quiero dormir.

* * *

Para Hart Mulliner la experiencia de acompañar a Cheij Khan— por los bajos fondos le producía a veces la sensación de que llevaba una mecha encendida, que eran sus palabras, y que Cheij Khan era un barril de pólvora, de exterior engañoso.

La primera pelea, escalofriante por sus resultados, tuvo lugar en una taberna de sórdida y baja concurrencia, donde pululaban los maleantes discutiendo próximos o recientes crímenes.

En una mesa sentábanse cuatro espadachines, que celebraban, con acopio de risotadas y chanzas, el reparto del botín logrado en un asalto.

Cheij Khan, mirando, como siempre, con su indiferente mirada soñadora, comentó, al entrar, volviéndose hacia Hart Mulliner:

—Me disgusta el olor y las risas de aquellos hombres.

—Diles: *"¡Silence!"*, que en español significa: "¡Silencio!", No te obedecerán y pedirán pelea, Pero no la pedirán cortésmente, sino que intentarán desjarretarte las piernas con un corte traidor bajo la mesa con sus espadas, o con un puñalón imprevisto.

—Pelea quiero—dijo lacónicamente Cheij Khan, brillantes los ojos.

Acercóse a la mesa donde los cuatro espadachines continuaban intercambiando chanzas, y dijo por dos veces la exclamación que le había enseñado Hart Mulliner.

Uno de los maleantes, tal como había presagiado Mulliner, intentó con su puñal dar un corte en sesgo contra la pierna cercana del que estaba en pie a su lado.

Y apenas hubo insinuado su gesto, asomó a los labios de Cheij Khan la silenciosa risa del chacal.

Una de sus manos asió por el brazo armado al maleante, y, sin aparente esfuerzo, empleó al aturdido agresor como proyectil, haciéndolo girar bruscamente sobre su escabel, levantándolo en vilo

y lanzándolo contra los otros tres, que, ya en pie, desenvainaban.

Y como una fiera libre de cadenas, el temperamento verdadero del hijo del Pirata Negro, educado en la pelea, se desencadenó arrollador como un huracán.

Para los sorprendidos concurrentes duró la escena escasos segundos. Oyeron el chocar de cráneos contra el suelo; vieron cruzar los aires sendos cuerpos que, proyectados contra las paredes, se desplomaban desencajados como peleles rotos, derribando en su caída vasos, botellas, mesas... Un estrépito continuo acompañaba la rápida acción de Cheij Khan, que cuando vió por el suelo desparramadas a sus cuatro víctimas, lanzó un agudo alarido...

Aquel inesperado final erizó el vello de varios de los atónitos camorristas, habituados a continuas reyertas.

Y no se habían recuperado de su asombro, cuando, describiendo varios saltos mortales, en expansión alegre, Cheij Khan estaba ya al exterior, y la niebla de la noche devoró su figura, mientras, resoplando a su lado, Hart Mulliner aprobó:

—Eres invencible, chacal. Pero, ¡por lodos los santos!, no grites así. Produce una extraña sensación..., como si oyéramos el lamento de una fiera pidiendo sangre.

—Desahogo mis pulmones, caballero Mulliner. Tú no lo puedes comprender. Bu-Djema sí lo comprendía.

Varias veces, y en distintos sitios, repitió Cheij Khan semejantes hazañas, ultimadas con su grito retador e impresionante.

Y a la salida, comentaba, decepcionado:

—Poca sangre combativa tienen tus iguales, caballero Mulliner. Hasta ahora no encuentro adversarios dignos de este nombre. Ninguno de ellos valen lo que mi tigre. ¿Y dices que todos esos son gente mala que nada tienen de caballeros y que saben pelear? Tendrás que llevarme a sitios donde haya mejores luchadores... No sé por qué, pero todos se asustan cuando grito. Y me gusta causar miedo, caballero Mulliner. Me gusta ver que me temen. Ayer noche, al entrar en aquella posada, varios corrieran cuando me vieron. Es delicioso.

Y Cheij Khan aspiraba aire a pleno pulmón, gozando la euforia de sentirse fuerte y temido.

—Nadie podrá vencerte, Cheij Khan. Sólo hay un hombre que lo lograría. El que iremos a buscar a España.

* * *

A la segunda fiesta dada por Baliol Holden, éste no cabía en sí de satisfecha vanidad. Por fin, Archibald Claretown se había dignado responder a la invitación, de su puño y letra, aceptándola, y prometiendo su asistencia. Por lo cual Baliol Holden, conseguido su propósito, prefirió, por consejo de su esposa, hablar con Cheij Khan, antes que con Hart Mulliner.

—Esta noche, Cheij Khan, tú terminar, ¿comprendes?

—Comprendo, caballero Holden—replicó él, en inglés imperfecto.

—Irte, ¿comprendes?

—¿Lo deseas tú y lo desea tu mujer?

—Sí, Cheij Khan. Te estamos muy agradecidos, te tenemos gratitud, ¿sabes?, y también afecto. Pero ya no tendría razón el que tú… ¡Por Jehová! Veo que no comprendes.

—Yo comprendo que tú dices que debo irme. Me iré porque tu mujer y tú lo deseáis, y yo también. Quiero ir a España. Allí hablan mi lengua, y los hombres saben pelear, dice el caballero Mulliner.

—Te he conseguido a ti y a Mulliner pasaje para barco que os dejará en Cádiz. Gracias, Cheij Khan. Tú… no eres malo…, pero la compañía de Hart Mulliner te perjudicará.

Fuese prestamente Baliol Holden, aliviado inmensamente. Había temido alguna reacción salvaje del domador acróbata.

—¿Qué es perjudicar?—inquirió poco después Cheij Khan, acercándose a Priscila.

—Algo que hace daño, amigo mío.

—No puede hacerme daño Hart Mulliner, porque es un caballero, y me dijo quién era Bu-Djema, el asesino alevoso de mi “Karls” y de Yolda…

Para Priscila aquello era incomprensible, pero asintió, enervada. Sin podérselo explicar, la cercanía de Cheij Khan le producía íntimos estremecimientos. Y su honrada mente rechazaba horrorizada lo que consideraba una fea acción, como lo era haber pensado por un instante que le sería grato ver arrodillado ante ella al arrogante árabe y recibir el beso de sus rojos labios en su diestra…

—Te digo adiós, amiga. Después de la cena partiré a España con el caballero Mulliner. Antes de irme, para ti, que has sido paciente conmigo, quisiera hacer algo que te agradase… ¿Hay entre todos

estos hombres algunos a quienes quieres que arroje contra las paredes?

—¡Oh, no!—protestó ella, sonriente—. Adiós, Cheij Khan, y que la suerte siempre te favorezca... Adiós, amigo mío.

De detrás de la columna cercana surgió Hart Mulliner, que acababa de oír las dos recientes frases.

—No hagas caso, chacal. Ella no puede pedirte un favor, porque es acto que una dama no hace.

—¿Qué diferencia hay entre una dama y las que tú llamas mujerzuelas?

—La dama calla lo que piensa, finge lo que no siente, y lo que realmente siente sólo lo exterioriza entre cuatro paredes. La mujerzuela es más sincera, aunque conocedora de hombres y es generosa donadora de sus mercedes y encantos.

—Unas y otras me parecen complicadas, caballero Mulliner. ¿Qué opinas tú que le sería grato a la esposa del caballero Holden?

—Esta noche partiremos. No es preciso que nos quedemos durante la cena. ¿Ves aquel caballero que mantiene una lente al extremo de una varilla nácar y que lleva altos cabellos color sol?

—Que viste de verde. Lo vi ya antes. Me mira de una forma que disgusta.

—Se llama Archibald Claretown, enemigo de Priscila. Cuando haya terminado tu representación, tengo ya dos hombres que se harán cargo de las carretas y las llevarán a puerto. Puedes retar a Archibald Claretown y si te disgusta no vaciles en barrer con él la mesa donde abunda la cristalería,

Sonrió Cheij Khan: la idea le gustaba.

—¿No has visto el perrito que intenta siempre subirse al regazo de Priscila?

—Bicho tonto con guedejas de lanilla, como una oveja. Bicho falso que menea siempre el rabo ante quien le da azúcar, pero que es incapaz de morder y usar sus dientes. ¡Puaf!— y Cheij Khan escupió su desprecio.

—No hagas eso, chacal. No lo hace un caballero.

—¡Ah! Pienso que la esposa del caballero Holden no debe permitir que ese bicho que ella llama “Chiffon” siga demostrando su rastrera condición: le retorceré el cuello—añadió, después de un instante de reflexión.

—Habrás visto también unas jaulas donde hay unos pájaros amarillos que trinan incansablemente.

—Otros bichos que detesto. Por los páramos donde últimamente íbamos, cogí algunos de ellos y los asaba Yolda. Decía que eran sabrosos. Pero no eran amarillos. Estos podría también darles un mordisco en el cuello...

Y Cheij Khan exponía aquellas infantiles maldades con acento convencido, pero pidiendo aprobación. Y viendo que el "caballero Mulliner" asentía, daba por descontado que no eran maldades.

Una hora después, cuando, vestido a la usanza árabe, terminó Cheij Khan sus ejercicios, los comentarios fueron febrilmente admirativos. Como despedida de su amiga Priscila, había querido Cheij Khan forzar hasta el límite todas las posibilidades.

Las dos carretas partieron, y, ya vestido con ropas europeas y un macferlán de esclavina, y tricornio en la mano, Cheij Khan comprendió la señal de Hart Mulliner, que había puesto ya a buen recaudo las guineas entregadas por Baliol Holden en carroza alquilada.

Dirigióse a las grandes jaulas doradas donde, a través de los cristales, revoloteaban los canarios.

Abrió una de las portezuelas e introdujo su brazo en ella, asiendo a los dos pájaros de un manotazo. Se los llevó a la boca, y con seco mordisco, los decapitó, tirándolos al suelo y escupiendo las cabezas.

Horrorizada acudió Priscila corriendo. Varios invitados comentaban asombrados la mortandad que estaba causando Cheij Khan, con serio continente entre los pobres animalitos.

—¡Detente, Cheij Khan! ¡Por favor! —gritó Priscila, dando con sus puños en los anchos hombros del esbelto muchacho.

El hijo del Pirata Negro pasóse el dorso de la mano por la boca, y su mirada se posó interrogativa en el semblante de Priscila.

—Asados te gustarían. A Yolda le gustaban. Yo te los he ido cogiendo, para evitarte trabajo.

Era sincero, y, sin embargo, a Priscila le parecía repentinamente que contemplaba a un salvaje sádico de pérfidos ojos amables. Inclinóse Cheij Khan, y, recogiendo del suelo a "Chiffon", que intentó morderle, le volteó por el aire, estrellándolo contra la pared.

Sonaron gritos horrorizados, Y Priscila cayó desvanecida en

brazos de su esposo, que acudía acompañado de Archibald Claretown, el cual, enfocando su lente, y llevando en la diestra su copa de cristal llena de espumoso, dijo, en alta voz:

—No otra cosa podía esperarse de un salvaje. ¡Fuera con él! ¡Lacayos!

Y al ver próximos a varios forzudos lacayos, lanzó contra el rostro de Cheij Khan el contenido de su copa.

El alarido del chacal rasgó los tímpanos de los oyentes como un primitivo grito de guerra, y Archibald Claretown salió disparado después de haber sido derribado de un feroz manotazo.

Cogiéndole por un tobillo, le hizo describir Cheij Khan dos vueltas, y el cuerpo del petimetre barrió la cristalería de la mesa del salón, para contento de Cheij Khan, que repitió de nuevo su alarido, que tenía inmovilizados a los lacayos que habían acudido a la llamada de Claretown.

—¡Chacal!—gritó en español desde la carroza Hart Mulliner.

Cheij Khan, al ver que valientemente los lacayos acudían a cogerle, abrióse paso con manotazos a diestro y siniestro, y, corriendo con la ligereza de un lobo, entró en la carroza, cuyo postillón fustigó los caballos.

—Sí. Es placentera esta vida, caballero Mulliner, si puedo pelear a diario, derribar hombres y dormir mucho y trabajar poco.

Capítulo VI

Por tierras de España

No fué hasta que el mercante inglés estuvo en mares portugueses, y e1 sol desparramóse con esplendidez por cubierta, que Cheij Khan, acariciando la bruñida madera del pasamanos de cubierta, se abismó en obscuras reflexiones.

Le parecía que en otra existencia anterior había vivido momentos iguales. Pero pronto desechó aquellas ideas. Serían seguramente visiones que tuvo durante sus pesadillas.

—Sólo cuando necesitemos oro revestirás las ropas árabes, chacal— habíale dicho Mulliner al primer día de viaje—. Al llegar a Cádiz empezaré mis pesquisas. Durante el día iremos a los lugares de caballeros y damas, y por las noches donde los rufianes y las mujerzuelas.

* * *

DÍA DE DIFUNTOS, Cádiz, 1716.

—¿Por qué doblan las campanas, caballero Mulliner?

—Tocan a muertos, Cheij Khan.

—Entonces, cuantos yo he matado en pelea entran en la canción del bronce. Es placentera la vida, caballero Mulliner. No sé cómo hay quien pueda entristecerse porque doblen unas campanas, pero no se oyen los rumores de cantos y bailes.

—Todos acuden a derramar 1ágrimas sobre tumbas. Pero los llantos de los herederos son risas disimuladas.

—Pantomima, caballero Mulliner... Todo es pantomima.

—Y, sabiéndolo, progresarás mucho, chacal. Pero no te abandones tanto a la camorra. Puedes encontrar un adversario que trunque tu crecimiento.

—No ha nacido el hombre que pueda plantarme cara. Empiezo a cansarme de permanecer quieto en esta ciudad, la cual conozco ya de extremo a extremo.

—No la conoces, puesto que a ninguna gaditana has hablado de amores.

—Muchas veces te he dicho ya, caballero Mulliner, que las mujeres no me importan un comino. Son débiles, asustadizas y hacen muchas carantoñas. Prefiero los buenos ratos que paso comprobando que por donde entro siembro el pánico.

—Pero acudes todas las tardes a visitar a la Perichola.

—Me está enseñando un baile muy gracioso. Visto una malla ceñida con muchos colores, llevo antifaz y un picudo sombrero negro. La danza del Arlequín Burlón. Y la Perichola dice que no vió nunca hombre mejor dotado que yo para los intrincados pasos y triples saltos. Si no fuera por eso, me habría ya ido de Cádiz a otra ciudad.

—No te impaciente la tardanza, Cheij Khan. Creo que pronto daré con la pista que busco. Me han dicho que estuvo por la ciudad hace unos cuatro años el pelirrojo que era lugarteniente del hombre que busco.

—Me voy a visitar a la Perichola. Me gusta ver como todas me admiran cuando bailo la danza del Arlequín Burlón.

Como todas las tardes, las dos hermanas Rosario y Encarnación Contrera estaban asomadas a la reja de su balcón. Oteaban por la calle la llegada del apuesto extranjero que vivía en lujosa posada, acompañado por un inglés de desdeñoso semblante y guiño sempiterno.

—Hoy…, no pasa de hoy—dijo Encarnación, decidida.

—Echemos a suertes quién de las dos—replicó Rosario.

Cuando Cheij Khan pasaba, como siempre, indiferente ante la reja, un clavel y un pañuelo cayeron a la vez ante sus pies.

—¡Oh, qué torpe!—exclamó Rosario, que había sido la perdidosa —.¿Tenéis la merced, caballero, de recoger mi pañuelo?

Se había visto obligada a tan directo ataque porque el hijo del Pirata Negro, apartando con el pie flor y prenda, iba a seguir su camino.

Cheij Khan inclinóse, recogió ambas cosas y las tendió a través de las rejas a las dos hermanas.

Saludó llevándose la mano a la frente, corazón y labios, y siguió su camino. Las dos hermosas gaditanas, defraudadas, guardaron unos instantes de silencio. Por fin, la mayor suspiró

—Con esos ojos y esta figura..., ¡qué lástima!

—Su mirada acaricia, pero nos desprecia o nos ignora. Debe ser un árabe ahíto de harén.

—O un tímido salvaje.

Pero ninguna de ellas acertaba. Para Cheij Khan la mujer seguía siendo un elemento tan desconocido y carente de atractivos como los manjares especiados y calientes que tomaba Hart Mulliner.

* * *

OCHO DE MAYO, Sevilla, 1717.

—No quiero volver por las noches a pasear por los jardines, caballero Mulliner.

—¿Por qué?

—Es inexplicable, pero el aroma de las flores, la plata de la luna, el aire suave, el andar de las mujeres de esta ciudad, me atosigan y siento en mis venas extraño ardor.

—Vas creciendo, chacal. Pronto sabrás lo que son baladas, suspiros y madrigales. Pero desconfía de las noches con rayos de luna. Nunca has bebido vino, Cheij Khan.

—Pero muchos he visto ebrios. A ti mismo, caballero Mulliner. Y tienes un aspecto deplorable.

—Más deplorable tendrás si te entregas a amar sin reservas. Sé que aún no has adivinado que la mujer está en la tierra para...

—¡Mujeres, mujeres, mujeres! Todos no sabéis hablar de otra cosa.

Media hora después, por la ancha calle de la alameda, una mujer vino a interceptar el paso de Cheij Khan.

—¡Tú has sido! ¡Tú!

Brilló el destello de un puñal, y cuando la aguda punta iba a hincarse en el pecho de Cheij Khan, la mujer gritó dolorida, al quebrarse su muñeca bajo la presión de los dedos de acero del adolescente.

—No te estrello contra el suelo porque eres una mujer—dijo sombríamente Cheij Khan—Pero ¿por qué has osado atacarme a mí, un hombre fuerte e invencible?

—Descalabraste a mi prometido ayer noche en los jardines de la Reina. ¡Maldito seas, rufián, que pegas a una mujer!

Y con aquel grito perdió el resto de energías la sevillana, que, transida por el dolor, cayó desvanecida.

Marchóse Cheij Khan encogiéndose de hombros. Pero cuando llevaba andado diez pasos, preguntó:

—¿Por qué me llamó rufián? ¿Es que acaso impedir que una mujer nos hiera es acto de rufián?

—No hagas caso, chacal. Siempre te comportas tú como un caballero.

—Sigo creyendo que, además de incomprensibles, son muy mentirosas las mujeres. Esta misma ahora la recuerdo. Ayer estaba con un hombre en los bancos del jardín de la Reina. Ella me miraba mucho, y vino el hombre a decirme que la buena educación era lectura que nunca leí. Le escupí a los pies, se enfadó y tuve que arrojarle contra un árbol. Ella fue la que le incitó a retarme, y me miraba contenta. Ahora, ¿por qué cambió su mirada? Son mentirosas las pupilas de una mujer, caballero Mulliner.

—Por eso, para conseguir de ellas cuanto te propongas, miente siempre.

Entrada ya la noche, un individuo de andares cautelosos vino a murmurar al oído de Hart Mulliner:

—...y el pirata con la cabeza a precio partió hacia Madrid acompañado de un pelirrojo pendenciero y borrachín al que llamaban “Medio Brazo”. Camino de Madrid.

✲ ✲ ✲

PRADERA DE SAN ISIDRO. Madrid, 1717.

Cheij Khan, tendido en la hierba, boca arriba, dormitaba. A su lado, Hart Mulliner contemplaba las escenas del jolgorio que reinaba en la ancha pradera, poblada de reuniones que en grupos merendaban. Corría mucho el vino y oíanse ronquidos de beodos...

—Tendrás que trabajar, Cheij Khan —dijo Mulliner, sacudiendo por el hombro al hijo del Pirata Negro.

De un manotazo apartó Cheij Khan la diestra de Mulliner, que hizo una mueca encogiendo la mano golpeada.

—No me toques, caballero Mulliner. Da gracias, a nuestra amistad porque ya sabes que el roce de otras manos me acalora la

sangre y siento deseos de pelea.

—Reprime tus instintos, chacal.

—¿No dijiste que las pasiones y los instintos son los mudos oradores que nos persuaden siempre? No hago más que seguir tus lecciones.

—Pero tendremos que seguir camino hacia el Norte, porque anoche tu aullido de chacal, después de matar a Lucas Valdés, alborotó todo el vecindario.

—Lucas Valdés estaba vapuleando a la cojita que tiene mirada de perro fiel. Y en otra ocasión Lucas Valdés cortó el cuello de un viejo gordo y bien cebado. Le vi yo robarle después, y me contenté con tender la mano, tal como me aconsejaste. Pero no le consiento que pegue a quien no puede defenderse.

—Suerte que tengo noticias de que el hombre que buscamos partió hacia la posta de Miranda de Ebro. Pero deberías trabajar antes de irnos. Vaciar así los bolsillos de los badulaques.

—Trabaja tú, caballero Mulliner... Yo no tengo ganas ninguna de molestar al león. Desde que murió mi tigre, me aburro entrando en la jaula donde el león está ya demasiado acostumbrado a mí.

—No me gusta como me hablas.

—¿No? Tienes espada, y aquí hay mucho campo. Cuando quieras,..

—Pelear entro nosotros sería estúpido, chacal.

—Me agrada que reconozcas la estupidez que cometerías si te atrevieras a medirte conmigo espada en mano. Has sido un buen maestro, caballero Mulliner. Pero cuidado. No olvides que tú mismo me apodaste “chacal”, y el chacal es indolente y zorruno... Pero cuando muerde, es un lobo.

Hart Mulliner era valiente. Sonrió, apaciguador.

—Te hace falta una buena pelea, y aquí tienes campo.

—Vámonos. No sé por qué, pero no podría pelear con esa gente. Son familias de artesanos que han venido a descansar de sus trabajos. Son esclavos y pobretones. No me complacería aterrorizarlos...

* * *

MANANTIAL TROCONIZ. Miranda de Ebro, 1718.

—¿Qué fué madre?

—No te asustes Jesusa. Algún lobo que debió bajar del monte.

—No, madre. Al manantial sólo acuden viajeros y hay siempre coches posta. No bajarían los lobos.

—Pues fué aullido de lobo.

—Los lobos no ríen a carcajada madre. Y primero la misma voz que lanzó el alarido reía como un demonio pinchando con sus horquillas... oí entrechocar de aceros. ¡Tengo miedo, madre!

—Puerta y ventanas están cerradas. Y mañana tu hermano te dirá que no fué más que un lobo.

A la mañana siguiente el mozo que atendía en el mesón de relevos a los viajeros, explicó a su madre y hermana lo sucedido.

—...y nunca lo hubiese podido creer. Era un caballero joven, bien vestido, de apacible mirada amable. Pero, de pronto, porque un viajero, sin querer, le pisó, el joven lo zarandeó como el vendaval arquea las ramas de los árboles. Intervinieron otros puñal y espada en mano. Eran los arrieros. Y nunca he visto tamaña fuerza para joven esbelto y tan bien portado que parecía un caballero de reposado carácter. En un santiamén, convirtió la sala en un pandemónium. Había que ver los saltos y las corcovas que daba..., y me guarde el cielo, si no tiene pacto con el demonio el que se marchó con su carreta, acompañado por un inglés de cicatriz en párpado. Saltaba como garbanzo en olla hirviendo, y a veces se encogía empequeñeciéndose, como si sus huesos estuvieran quebrados. Y lanzaba carcajadas y un aullido que me puso todos los cabellos de punta, y me bañó en sudores. Si vuelvo a verle, presto me esconderé. Por suerte parece ser que después de haberse informado, el inglés dijo que partían hacia los Pirineos...

Capítulo VII

Por tierras de Francia

Los montes picudos y nevados quedaban atrás de la gran carreta que, tirada por dos robustos caballos, avanzaba por las laderas francesas de las estribaciones de los Pirineos.

En el pescante, envuelto en mantas, Hart Mulliner conducía. En el interior de la carreta, Cheij Khan dormía.

Al caer la noche, Hart Mulliner hizo alto Preparóse un grog y cuando entró en el tibio interior de la carreta sentóse pensativo.

Sabía ya que estaba tras la pista del Pirata Negro. Al menos iba siguiendo el mismo camino que su lugarteniente, el madrileño Diego Lucientes.

Pero era tarea ardua el recoger informes de un viajero que, huyendo con la mujer bandido "Máscara de Flores" había pasado años antes por aquellos lugares.

Contempló con ceño intrigado al durmiente, y corroboró sus sospechas. Había enseñado demasiadas maldades a su discípulo.

El presunto durmiente le contemplaba con mirada zorruna, mostrando los dientes en silenciosa risa.

—Hasta hoy me explotaste, caballero Mulliner. Yo te debo el saber vestir, saber mentir y saber disimular. Soy, pues, ya todo un caballero como tú mismo. Pero recuerda que te azotaré hasta despellejarte la piel a tiras si vuelves a pretender que mi sitio está en el pescante. Ahí es donde debes estar.

—Esta es tu gratitud por conducirle a la venganza...

—¿Gratitud?—y rió silenciosamente Cheij Khan—. Tú mismo dijiste que la gratitud no existe. Que todo es pantomima. No bebas tanto, caballero Mulliner. Te embriagas y amaneces torpe y dolorido. ¿Dónde vamos ahora?

—Siempre hacia el Norte. Esta es tierra francesa. Creo que aquí hallaremos por fin a los que busco. Y entonces te diré los nombres.

Cerró los ojos Cheij Khan. De vez en cuando, por capricho, bailaba ante público de aldeas y villorrios la Danza del Arlequín Burlón, y hacía sus acrobáticos juegos de volatinero, como expansión para sus fuerzas.

El león había muerto al atravesar la región vasca. Hart Mulliner empezaba a sentir un extraño miedo. A veces observaba en la mirada de Cheij Khan un fulgor inesperado, y le sacaba de quicio la risa licenciosa con la que, sin pronunciar palabra alguna, le miraba por unos instantes el hijo del Pirata Negro, para después encogerse de hombros, y escupir a lo lejos

Siguió el viaje lento, con frecuentes detenciones en pequeños poblados.

Cheij Khan continuaba insensible a la atracción femenina. Y hasta parecía que el callado homenaje que percibía en todas las miradas femeninas acentuaba su indiferencia hacia ellas.

Pero a mediados del año 1719 ocurrió un incidente que actuó a modo de brusco relámpago, iluminando una zona de tinieblas.

En la ciudad francesa de Nantes, y en ocasión de hallarse Mulliner y Cheij Khan alojados en la posada del “Veau qui dort”, vino a alojarse en ella una célebre cortesana, famosa por su inteligencia y renombrada por su belleza siempre juvenil, pese a los muchos años que sonaba ya su nombre por París.

Por la tarde de la llegada de Adelaida de Chamfort, dió la coincidencia que en el vasto patio de la posada, Cheij Khan, revistiendo primero su atuendo de Arlequín y después del morisco ropaje, bailó y desfogó su temperamento con acrobáticos saltos ante una concurrencia atraída por la novedad.

Adelaida de Chamfort, desde su ventana, presenció interesada la actuación de Cheij Khan. Al anochecer, durante la cena, ella fijó sus grandes ojos azules de fogoso destello en el esbelto joven que vestido con la distinción de un caballero inglés, cenaba en mesa lejana en compañía de un sujeto de porte netamente británico.

—¿No es aquel joven caballero el que esta misma tarde se me antojó un caíd árabe desarticulado y un arlequín volador?— preguntó Adelaida a su acompañante del momento, el caballero Des Lartiers.

—Posiblemente—replicó con despego el galán.

—Sed complaciente y tratad de entablar amistad con él.

—Nunca os pregunto qué brisa mueve la veleta de vuestro capricho, dulce tormento mío, pero no consideráis que quizá este saltimbanqui es joven aún para exponerse al fuego de vuestra mirada, que le derretirá.

—Su porte distinguido y su aparente irrespetuosidad al no dignarse siquiera devolverme la mirada—sonrió ella—, me obligan a tratar de vencer su nostálgica expresión de árabe soñador. Haced como os he dicho, amigo mío.

—Nunca me niego, pero en esta ocasión creo que por vez primera no seré cómplice de vuestra curiosidad.

—Os conceptúan hombre por encima de todo temor, Des Lartiers. No me obliguéis a propalar por París el rumor de que temisteis la rivalidad de un joven saltimbanqui con modales modosos de aristócrata oriental.

Des Lartiers suspiró resignado. Había conocido infinidad de mujeres, pero ninguna le había esclavizado con el dominio con el que Adelaida de Chamfort le tenía sujeto a los más denigrantes papeles.

Y la ocasión le fué favorable. Terminada la cena oyó que el inglés de párpado cicatrizado preguntaba a una de las criadas si por azar sabía el paradero por aquella comarca de un caballero español de rojos cabellos llamado Diego Lucientes.

La criada denegó. Des Lartiers intervino con su exquisita cortesía:

—Perdonad que me inmiscuya, caballero—dijo, a la par que acompañaba su frase con amplio saludo—. Soy el caballero Des Lartiers, y por azar puedo informaros de lo que deseáis.

—Hart Mulliner os saluda, caballero Des Lartiers—replicó el antiguo corsario, devolviendo el chambergazo. —Deseo visitar al español Lucientes, tras quien llevo años.

—No tengo el menor inconveniente en informaros de su residencia, pero os suplicaría un favor.

—Presto estoy a complaceros.

—¿Apreciáis mucho a vuestro joven amigo?—y Des Lartiers señaló hacía donde Cheij Khan, sentado, parecía la viva imagen del pensador.

—Es un joven árabe que responde al nombre de Cheij Khan, que tiene arrechuchos salvajes y es muy difícil de tratar.

—Vigiladlo, porque corre un peligro.

—¿Cuál?

—La señora a la cual acompaño desea conocer a vuestro joven amigo. Pero os advierto que no hay dama en todo París que sea más peligrosa que Adelaida de Chamfort.

—No hay peligro por lo que al joven chacal se refiere. Ignora la mujer y mejor prefiere una pelea. ¿Decíais, pues, que sabéis el paradero del español Lucientes?

—Es hombre de gran fortuna. Tiene una hija que es considerada la dote más rica de toda Francia...

—¿Estáis cierto?—preguntó Mulliner, extrañado.

—Ciertísimo. Os diré más. Aunque ella es mucho más joven que yo, la pretendí sin éxito. Su padre me cortó el camino y ella me desdeñó. Azares de la fortuna. Residen en un espléndido castillo entre los bosques de Civry, al norte de la ciudad de Angulema. ¿Os puedo servir en algo más?

—Es tal vuestra galantería, caballero Des Lartiers, que procuraré devolveros la merced desapareciendo con mi joven chacal lo antes posible.

Pero no pudo Hart Mulliner cumplir su propósito. Anunció a Cheij Khan que al amanecer iban a ponerse en marcha camino de Angulema.

—¿A que vamos allá, caballero Mulliner? He oído hablar tan elogiosamente de París, que es ciudad que quiero conocer.

—Hay... hay en Civry un hermoso castillo y una rica heredera, chacal. Recuerda que te dije que por lo mucho que gustas de haraganear, y dotado como estás, podrías conseguir fácilmente cuanto quisieras, esposando a rica heredera, de azules pupilas, que es el color que adoras en los ojos de mujer, y el mundo sería tuyo.

—¿Y qué rica heredera me destinas?

Pese a la evidente mofa de la pregunta del hijo del Pirata Negro, Hart Mulliner insistió, creyendo atraer al que cada día era más díscolo y rebelde a sus consejos:

—Es una deliciosa niña, hija de un español llamado...—e hizo una pausa para observar la reacción de su oyente—llamado Diego Lucientes.

Cheij Khan siguió ostentando su indiferente mirada.

—Residen en un castillo llamado de Civry, cercano a la ciudad de Angulema y es ella la más rica heredera de Francia entera.

—Si tal es, más prefiero asaltar sus cofres con tu ayuda, que tenerla que soportar como esposa, por más azules que sean sus pupilas. ¿Conoces al caballero que acompaña a aquella mujer? Estuvo él hablando contigo ha poco.

—Partiremos mañana a1 amanecer, Cheij Khan.

Levantóse Cheij Khan, terciado al brazo su abrigo de viaje y el tricornio apoyado en su antebrazo.

—Actúa como embajador, caballero Mulliner. Quiero conocer a esta mujer de pupilas azules, cuya mirada me desasosiega.



Tres días después, Adelaida de Chamfort seguía aún en la posada del “Veau qui dort” para la mayor desesperación de Des Lartiers y Hart Mulliner.

Cheij Khan tenía ahora la brillante mirada del explorador que, andando a ciegas, descubre de pronto insospechados paisajes. Para nada salía de las antesalas de las habitaciones de Adelaida de Chamfort.

Y Des Lartiers decidió tomar una decisión que terminara con aquel escarnio. Aguardó la ocasión propicia y pudo entrar en la antesala, cuando halló a solas al joven funámbulo.

Cheij Khan, en mangas de camisa, posó en el recién llegado una mirada amable, sonriente.

—¿Quién os ha llamado señor? —preguntó en un francés totalmente incorrecto— Ella reposa y vos tenéis semblante fatigado. Curiosa paradoja.

—El cinismo de que hacéis gala es ya fruto de una de las lecciones de Adelaida—masculló Des Lartiers, dominándose—. Tened cuidado, joven árabe. Ella os devorará, y del adolescente que sois os convertirá en…

—Por la puerta se entra y también se sale, caballero Des Lartiers. Idos antes que os eche a puntapiés, y dad gracias a que Adelaida os aprecia. No quiero que cuando yo me vaya se quede ella sin alguien con quien jugar.

Des Lartiers, perdido el dominio de ni mismo, desenvainó. Con presteza Cheij Khan saltó hacia la silla donde estaba su espada. El

combate fué breve, porque Cheij Khan peleaba fríamente y su brazo asestaba estocadas que imprimían al acero del francés bruscas torsiones incontenibles.

Des Lartiers, atravesado el pecho, se desplomó lentamente. En sus ojos había un mudo terror, mientras contemplaba la silenciosa risa de Cheij Khan, que limpiaba el acero ensangrentado en el suntuoso tapete de una mesita.

Adelaida de Chamfort no lloró mucho la muerte de su galán, los abrazos de Cheij Khan eran su única obsesión. Pero su experto conocimiento de los hombres le hizo presagiar que la mezcla de cinismo adquirido en la escuela de Hart Mulliner y la brutalidad infantil de Cheij Khan, convertirían al joven exótico en un peligroso domador de voluntades femeninas.

Hart Mulliner parpadeó angustiado y colérico cuando, llamado por Cheij Khan, éste le anunció que había decidido ir a París, en la única compañía de Adelaida de Chamfort.

—Pero... después de mis sacrificios y desvelos, ¿me vas a abandonar?

—Palabras parecidas le oí a Bu-Djema el mismo día en que iba a morir, caballero Mulliner. ¿Tienes mucho empeño en ir al castillo de Civry?

—Hazlo... Ven conmigo. Olvida a esa cortesana. Allá en Civry te espera la fortuna. Y la venganza.

—Cierto que quiero vengarme—dijo con sinuosa sonrisa y apacible la entonación Cheij Khan—. Tienes razón, caballero Mulliner. Partiremos hacia el castillo de Civry.

—No te burles, chacal.

—No me burlo. Voy a despedirme de Adelaida. Aguardad abajo.

La sumisa cortesana que nunca había sido dominada por amor alguno, asintió dócilmente cuando Cheij Khan anunció que estaría ausente por una noche y que al amanecer volvería.

La carreta se puso en marcha, y en el pescante sentóse al lado de Mulliner el hijo del Pirata Negro.

—Recuerdo, caballero Mulliner, que una vez me dijiste que la venganza es plato que se come frío. Yo siempre como frío. Siempre me aconsejaste tú. Ahora quiero aconsejarte yo. Ven al interior. Te daré un consejo que nunca olvidarás.

Aunque perplejo, Hart Mulliner, habituado al extravagante

carácter del “chacal”, entró con él al interior de la carreta. Estaba detenida en un paraje solitario, y, torciendo las riendas, Cheij Khan habíala introducido al margen de la ruta.

En pie, Hart Mulliner contempló como de la pared descolgaba Cheij Khan un rebenque, que ya hacía tiempo no usaba el domador.

—Un día le dije que no te embriagaras, caballero Mulliner. No me hiciste caso. Tus incoherencias de hombre ebrio eran graciosas. Fui sabiendo que diste muerte a Yolda.., que diste muerte a “Karls”... que si yo fui la mano... tú fuiste el impulso que dió la muerte a Bu-Djema...

—¡No, no!...—Gritó Hart Mulliner, retrocediendo demudado. El fulgor homicida de los ojos de Cheij Khan le impresionaba menos que la silenciosa risa que descubría los blancos dientes.

Echó mano a su espada, pero el primer latigazo le hizo encoger el brazo. Intentó con la otra mano desenfundar su pistola, y otro latigazo le inmovilizó. Sañudamente, Cheij Khan fué azotando incesantemente al que, como una amedrentada fiera, intentaba en vano hurtarse al castigo.

Desvanecióse Hart Mulliner, sangrante, y cuando despertó fué él quien aulló despavorido, al verse atado contra los barrotes de las jaulas vacías, y lamiendo sus pies una pequeña fogata.

—¡Favor! ¡Auxilio!...—gritó, enloquecido.

—También eso gritó Bu-Djema, caballero Mulliner—dijo reposadamente Cheij Khan—. Arderás con la carreta, en anticipo de infierno, caballero Mulliner. Jugaste con mi alma torciéndola irremediablemente, como jugó Bu-Djema con mi cuerpo, endureciéndole... ¡Arde, caballero Mulliner!

Hart Mulliner, chamuscados los pies por la naciente llama, quiso gritar, pero le acalló el alarido escalofriante de Cheij Khan.

Abatió la cabeza sobre el hombro, torcido el rostro en indecible horror ante su muerte cercana en el más horrible tormento.

El “chacal” reía, satánico el semblante.

—Suficiente era ya la prolongación de la angustia que sentías al ver que el que creías un chacal domesticado iba jugando con tu miedo, caballero Mulliner. ¡Arde, arde!

Pero inesperadamente la “voz oculta” que a veces hablaba en su interior volvió a dejarse oír para el aturdido muchacho, quien no supo explicarse porque, por un impulso noble, no podía presenciar

ya la horrenda muerte en llamas de aquel genio diabólico que había destrozado su alma infantil.

Y casi inconscientemente lanzó el puñal que, atravesando la garganta del inglés, le evitó la cruenta agonía convertido en antorcha viva.

* * *

Oyóse por última vez el alarido salvaje cuando la carreta, convertida en pavesa, desmoronóse, sepultando entre sus cenizas el cadáver carbonizado de Hart Mulliner.

Cheij Khan, montado en uno de los caballos y llevando el otro cargado con su equipaje, regresó al "Veau qui dort".

Había decidido que Adelaida de Chamfort, sería la más excelente de las profesoras en el difícil estudio de conocer el arte de jugar sin quemarse con las llamas de la poderosa atracción femenina.

Como había domado al tigre y al león, y como había burlado las intenciones de Hart Mulliner, estaba firmemente dispuesto a ser el chacal que no se dejase domesticar por el embeleso de embriaguez amorosa.

Y con infantil orgullo decidió también que pronto París conocería el ímpetu escondido oculto bajo la esbelta y ágil apariencia de Cheij Khan, el "Chacal".

FIN

Notas

[1] Véase Manopla de terciopelo. < <